

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PR

Jose F. Garcia



EL HUMOR DE DIOS ©

C.J. García



12/Nov/08

1180195

EUT

LA GRAN BROMA

Primer cuadro

PERSONAJES

Luis Palés Matos
 Federico García Lorca
 Luis Muñoz Marín
 Voz de San Pedro
 Técnico de computadoras
 Ujieres

Bajo un haz de luz azul celeste vemos una mesa bajita y redonda, como las que tienen ciertos cafés al aire libre. En su superficie velada por un mantel de tela, hay una computadora laptop abierta con la pantalla colocada de modo que el público no pueda verla. (La mesa, el mantel y la computadora son blancos.) Alrededor de la mesa, se acomodan dos sillas de hierro pintadas del mismo color. La

ambientación se completa con una música sosegada de arpas y violines que, por falta de un adjetivo más preciso, describiremos como angelical

Entra a escena un señor como de 60 años, con espejuelos, bigote fino y el pelo entrecano cepillado --con cierto desorden-- hacia arriba. Viste camisa de mangas cortas, pantalón oscuro, y trae una tarjeta grande en sus manos. Un ujier vestido de militar del s. XIX conduce al señor hasta la mesa, con una linternita como las que se utilizan en los cines.

Las arpas y los violines se atenúan hasta que desaparecen...

UJIER. (Señalando el camino con su linterna.) -- "This way, sir."

PALÉS. (Malhumorado.) -- ¡Qué "dis way" ni qué caramba! No ve que no veo nada. Mire que yo estoy muy viejo para estas sorpresitas...

UJIER. (*Mostrándole la mesita.*) -- "Here we are!"

PALÉS. (*Con expresión confusa, mira al muchacho.*) -- Sí, gracias... es que no entiendo nada... (*se queda leyendo la tarjeta que lleva en las manos.*)

UJIER. -- "Remember that God (*Señalando hacia arriba.*) never errs. Have a good time, Mr. Paylis." (*Sale de escena.*)

PALÉS. (*Lo sigue con la vista mientras se sienta.*) -- Sí, ya sé que Dios nunca se equivoca, ¡pero usted, sí! Mi nombre no es "Paylis", sino Palés; Luis Palés Matos de Guayama, Puerto Rico, para servirle; aunque no sé por qué estoy hablando solo, ni tampoco entiendo qué diablos, ¡perdón! (*mira a su alrededor, como si hubiera dicho algo terrible*), qué diantres hago aquí. (*Suspira fuertemente y se pone a leer la tarjeta. Desde la oscuridad se escuchan voces.*)

UJIER #2. (*Con su linterna.*) -- "We're almost there, sir."

LORCA. (*Con fuerte acento andaluz.*) -- No se preocupe majo, que con usted me iría al fin del universo.

UJIER #2. -- "This is your table."

LORCA. (*Al ujier.*) -- Muchas gracias. (*A Palés, que aún lee la tarjeta.*) Conque usted recibió una invitación de... (*Señala con el índice hacia arriba. De ahora en adelante, este gesto será la contraseña de todos los personajes para referirse a Dios.*)

(*El personaje de Lorca debe lucir unos treinta y tantos años, y vestir ropa elegante de su época. Su comportamiento puede permitirse algunas afectaciones, pero nunca caer en lo astracanesco.*)

PALÉS. (*Asombrado.*) -- A-já...

LORCA. -- Pues yo también la he recibío (*Le muestra su invitación en el bolsillo interior del gabán.*) y tampoco entiendo un rábano.

PALÉS. (*Mira al ujier, confundido, como esperando una presentación.*)

UJIER #2. -- "Mr. Pilís, meet Mr. García Lorca." (*Sale de escena.*)

PALÉS. -- ¡Pero qué alucinación es ésta! (*Al ujier, siguiéndolo con la vista.*) Además, ¡mi nombre es Pa-lés! (*Deletreando.*) ¡P - A - L...

LORCA. (*Interrumpiendo.*) -- No se moleste, hombre, que ni acá Arriba estos bárbaros pueden hablá una lengua tan civilizá como la nuestra. (*Toma asiento.*)

PALÉS. (*Sonríe, aún confundido, pero con cierta complicidad.*) -- Sí, supongo que tiene razón. (*Distraído, guarda la invitación en el bolsillo de su camisa.*)

LORCA. (*Mirando a Palés cōn emoción.*) -- ¡Don Luis Palés Matos!

PALÉS. (*Sigue confundido.*) -- Servidor.

LORCA. -- Así que usted escribió esos prodigiosos versos de negras danzas y grandes cocoriocos; Jesú divino, que versea usted con más ritmo que las chancletas de una gitanilla.

PALÉS. -- Gracias, pero... ¿conoce usted mi obra?

5

LORCA. -- Bueno, allá abajo, nunca pude leerla. Recuerde que a mi España no llegaban ni los suspiros de las Américas. Pero en cuanto llegué acá Arriba, saqué mi tarjeta de la Biblioteca Celestial y me he leído hasta los colofones de sus libros. Así me he enterado de su obra y la de Guillén, (*en voz baja, acercándose a Palés*) aca entre nos, me gustan mucho más sus versos, eh. (*Palés sonríe.*) También he conocido las obras de Neruda, de Vallejo; joder, ¡qué poetazos!

PALÉS. -- Pues yo no he vuelto a tocar un libro desde que me mandaron a buscar de acá Arriba.

LORCA. -- ¿Y eso por qué?

PALÉS. -- No lo sé. Creo que aún no se me pasa la tristeza.

LORCA. -- Qué tristeza ni qué coños, hombre, recuerde que aquí no hemos venido a penar. ¡Vamos!, colega, un día de estos nos encontramos en la Biblio, y verá lo que nos vamos a divertir. Eso sí, le advierto que yo me la paso haciéndole travesuras al pedazo 'e amargao del bibliotecario...

PALÉS. (*Se ríe.*) -- Ay, señor Lorca, no me haga reír.

LORCA. -- Joder, hombre, llámeme Federico, que estamos muy muertecillos pa' andá con tanta formalida'.

PALÉS. (*Palés asiente con la cabeza y sonríe.*) -- De acuerdo, Federico.

LORCA. -- Así está mejor. Pues, como le decía, en la biblioteca trabaja un tío de lo más pesao, un argentino ciego que cree saberlo todo y que...

6

PALÉS. (*Interrumpiendo.*) -- ¡Federico!, ¿acaso sabe el nombre de ese señor?

LORCA. -- Pues no lo sé. ¿Lo conoce?

PALÉS. -- No, no lo creo. Además, disculpe... lo he interrumpido.

LORCA. -- Hombre, no faltaba más. Interrumpa cuánto le venga en gana, don Luis. ¿Puedo llamarlo don Luis? (*Palés vuelve a asentir con la cabeza.*) ¡Genial! Pues le decía que ese viejo pedante se la pasa que si Buenos Aires, que si Londres, que si...

VOZ DE SAN PEDRO. (*Por los altoparlantes.*) -- Su atención, por favor. Estamos listos para comenzar con nuestra actividad. (*Palés y Lorca miran hacia un punto lejano, como si hubieran visto a alguien.*)

PALÉS. -- A Dios, pero y ¿ése... no es San Pedro?

LORCA. -- Madre Santísima, que tiene usted razón. Pero si no ha cambiao ni un poquillo desde que llegué acá Arriba, y de eso hace unos sesenta años.

Antonio
(*Se escucha una fanfarria de trompetas celestiales. Palés y Lorca se miran sorprendidos.*)

VOZ DE SAN PEDRO. -- Bienvenidos a nuestro Simposio Intracelestial Centenario 98. (*Fanfarria de trompetas celestiales.*) Ahora que nos acercamos a un nuevo milenio repleto de esperanzas y de buenas intenciones para el futuro, consideramos que es el momento ideal para examinar los eventos que cambiaron la historia de la humanidad en el 1898. (*Pausa.*) En nombre del Supremo y de este servidor, les damos las gracias por su presencia.

LORCA. *(Como si no le hubiera prestado atención a las palabras de San Pedro.)* -- ¡Es que no puedo creerlo! Con los años que tiene el tío y fijese en el mazazo de llaves que trae en la cintura.

PALÉS. -- Es como si los siglos no le pasaran por encima, ¿verdad? Yo no lo veo desde mi muerte en el 1959 y... ¡Diantre!, *(Con melancolía.)* casi cuarenta años.

LORCA. -- Vamos, don Luis, no se me vuelva a poner triste ahora que está hablando San Pedro. Mire que me ha costao muchísimo trabajo arrancarle unas sonrisillas, eh.

VOZ DE SAN PEDRO. -- Antes de comenzar con la agenda formal de nuestro simposio, nuestro Organizador tiene un mensaje personal para cada uno de ustedes. Pero como Él no acostumbra aparecer en público, les ruego que se refieran a la computadora que tienen en cada una de sus mesas.

LORCA. *(Mirando a Palés con cara de asco.)* -- ¿Com - puta - qué?... ¡Pero que palabra más horrorosa!

PALÉS. *(Como si se percatara por primera vez de la laptop sobre la mesita.)* -- Me parece que San Pedro se refiere al cachivache éste.

LORCA. *(Todavía batallando con el nombre.)* -- Pero por qué lo han llamao con un nombre tan feo: *(Con énfasis en las mayúsculas.)* com - PUTA - dora. *(Sarcástico.)* Ni que se tratara de una mujé de dudosa reputación, que se llamara Dora.

PALÉS. -- Ay, Federico, ¡qué ocurrencia!: *(Con énfasis en las mayúsculas.)* com - puta - DORA. *(Ríe.)*

En ese momento, la computadora suena un alarma, como cuando se le está acabando la batería.

P

LORCA. *(Salta de su silla, aterrado.)* -- ¡Joder!, que va a explotá la computa-cosa ésa. ¡Auxilio!

(El miedo que Lorca siente por la computadora debe ser caracterizado como una aprensión exagerada a la tecnología. Su temor no debe ser interpretado como una consecuencia de su preferencia sexual.)

Entra a escena un hombre bajito de unos 65 años, con bigote oscuro, los ojos desorbitados y el pelo blanco a lo Don King; en otras palabras, la viva imagen de Albert Einstein. Viste --desordenadamente-- un uniforme de técnico de computación, trae un maletín con papeles que se le sobresalen y habla con acento germano.

TÉCNICO. *(A Lorca.)* -- No se preocupe señor. Esto es muy sencillo.

LORCA. *(Aún apartado de la mesa, con desconfianza.)* -- Sí, sí, sí, ... ¡Usté sólo haga callá er trasto ése, por favó!

TÉCNICO. *(Oprime un botón y el ruido cesa.)* -- ¿Lo ve?

LORCA. *(Con un suspiro de tranquilidad.)* -- Gracias, amigo.

TÉCNICO. *(Oprimiendo algunos botones.)* -- Ahora veamos cuáles son sus instrucciones.

LORCA. -- ¿Instrucciones?

TÉCNICO. *(Atento a la pantalla de la computadora.)* -- Sí, el mensaje que tiene para ustedes el Organizador de este evento.

LORCA. (*Encogiéndose de hombros y mirando a Palés.*) -- Ah, claro, el mensaje...

TÉCNICO. (*Con cara de acierto.*) -- ¡Aquí está! Cuando lo lean, opriman este botón para borrarlo.

LORCA. (*A Palés.*) -- Fijese usted en el botón, don Luis, que yo no me acerco al aparato ése ni aunque venga er mismo... (*Señala enfáticamente hacia arriba, en alusión a Dios.*) y me lo pida.

PALÉS. (*Quien ha estado observando detenidamente al Técnico, como tratando de reconocerlo.*) -- ¿Cuál es el botón? Ah, muy bien. Gracias.

TÉCNICO. -- Ahora debo retirarme; como era de suponerse, los invitados a este simposio del 1898 saben muy poco de tecnología. (*Se ríe estrepitosamente, sacando la lengua como en la famosa foto de Einstein.*)

PALÉS. (*Que parece haberlo reconocido.*) -- ¿Oiga, usted no es...?

TÉCNICO. (*Interrumpiéndolo.*) -- Yo sólo soy el técnico de computación de este evento. Ahora, ustedes deben leer su mensaje inmediatamente. Y recuerden que, tanto acá Arriba como allá Abajo, todo es... ¡relativo!. (*Se despide con una reverencia y sale de escena riéndose.*)

LORCA. (*Curioso.*) -- ¿Y quién era ese tío tan simpático?

PALÉS. (*Sonriendo como quien se guarda un secreto.*) -- Nadie, creo que lo confundí con alguien que se hizo muy famoso después de usted muriera, Federico. (*Cambiando de tema abruptamente.*) Pero venga acá, que tenemos que leer nuestro mensaje.

LORCA. (*Aún con miedo a la computadora.*) -- ¿Y por qué usted no lo lee y me lo cuenta?

PALÉS. (*Regañón.*) -- Vamos, Federico, ¿acaso no quiere saber lo que... (*Señala hacia arriba.*) nos tiene que decir? Además, ya lo hemos hecho esperar demasiado.

LORCA. (*Resignado.*) -- Ya voy, ya voy... (*Se coloca detrás de Palés, como parapetándose de la computadora.*)

PALÉS. (*Leyendo en voz alta de la pantalla.*) -- Estimados poetas, ¡Bienvenidos! Actualmente transcurre en la Tierra una situación la cual deben evaluar. Abran la ventana que está delante de su mesa.

LORCA. (*Extrañado.*) -- ¿Cuál ventana?

PALÉS. (*Continúa leyendo el mensaje.*) -- Verán que ya está sintonizada en dicho evento. Confío en que el mismo los ayude a descifrar algunas de sus incertidumbres. Firma: El Organizador.

LORCA. (*Estupefacto.*) -- ¡Qué maravilla!, don Luis. Me muero de la curiosidad.

PALÉS. (*Mientras ambos hombres se dirigen hacia la ventana; con gran nostalgia.*) -- Vamos a volver a ver la Tierra.

Ambos hombres se detienen frente a la ventana. Ésta es un marco de madera pulida colocada en el piso, por lo que el público no la había visto, y que se abre hacia un lado, como la entrada externa de los sótanos de algunas casas norteamericanas. Cuando Lorca la abre, sube un chorro de luz blanca.

LORCA. (*Especulando, mientras abre la ventana.*) -- ¿Qué veremos: un carnaval, una reunión de presidentes, la entrega del Nobel de literatura?

11

PALÉS. (*Escudriñando dentro del marco.*) -- Mire ahí, Federico, aún no se ve muy bien, pero creo que es un joven... en un lugar parecido a un cabaret, pero más moderno...

LORCA. -- Sí, sí, ya lo veo. ¡Pero qué tipazo!, ¿eh?

PALÉS. -- Federico, por favor. Mire que esto es una encomienda directa de... (*Señala hacia arriba.*) y debemos tomarnoslo en serio.

De pronto unas potentes luces intermitentes los iluminan. En otro lado del escenario, aparecen otras luces intermitentes. Cuando Lorca y Palés quedan a oscuras, la otra escena queda completamente alumbrada, efectuándose así la transición hacia el siguiente acto:

EL SEXO DE LOS ÁNGELES

Acto único

PERSONAJES

Chago

Ángel

Doña

La mesera

Cuando las luces intermitentes de disipan, vemos una mesa alta, estilizada, como las que se hallan en los bares. La mesa, que sólo luce un cenicero limpio en su superficie, está rodeada por dos stools de patas largas. La escena está bañada por un haz de luz anaranjada y ambientada con música rítmica y estridente. La acción transcurre en un pub de fines del siglo XX.

Contoneándose con el ritmo de la música, entra a escena un joven guapo y elegante. Nos recuerda a cierto tipo de tenorio: la camisa demasiado abierta para revelar varias cadenas de oro, el relojón del mismo metal, los zapatos militarmente lustrados, el cabello acicalado a la perfección, el filo del pantalón planchado como un arma blanca, en fin, el prototipo del "conquistador" de la disco o del pub.

Mira hacia todos lados, en actitud de cazador. En la mano izquierda trae un cigarrillo encendido; en la derecha, un trago. Cuando ve la mesa vacía, se apresura a tomarla. Se sienta en uno de los bancos y continúa oteando el panorama. Protegido por el volumen de la música, se atreve a comentar en voz alta:

CHAGO. -- *Creo que hoy va a ser un buen día. (A modo de autobrindis, contempla su trago y se lo toma completo. Hace un gesto de haberlo sentido.) ¡Comienza oficialmente la cacería!*

(Pone el vaso vacío sobre la mesa y aspira profundamente su cigarrillo. Mientras exhala el humo, va señalando a diferentes miembros del público, a modo de inventario.)

Tú... fuiste muy fácil, y tú... ni se diga, y aquella de allá atrás... prácticamente se me regaló,... ah, pero tú, tú sí que te diste puesto, aunque sólo para retrasar lo inevitable. (Ríe autocomplacientemente.) Ja, ja, ja, ¡qué "mostro" soy! (Fuma con expresión de aburrimiento.) La verdad es que esto se está poniendo tan fácil; si sólo apareciera un reto...

(Vuelve a ojear al público. Sigue señalando a distintas personas y negando con la cabeza, hasta que su búsqueda se detiene en un punto definido. Su expresión cambia súbitamente, sus ojos casi se desorbitan.)

¡Ajá! La súper mami de la semana pasada. (Con expresión lujuriosa y frotándose las manos.) ¡Por fin!, un reto que está a mi altura.

(Moviéndose al ritmo de la música, toma la última bocanada de su cigarrillo, lo apaga en el cenicero, se baja del stool y comienza a dirigirse hacia el lugar donde había señalado a la mujer. Sin embargo, un hombre vestido en un traje oscuro de tres piezas, que está de espaldas al público, le interrumpe el paso.)

ÁNGEL. -- Disculpe, ¿nos conocemos?

CHAGO. *(Tratando de esquivar al importuno interlocutor.)* -- No, creo. Perdona, pero tengo que...

ÁNGEL. *(Aún de espaldas al público, se quita los espejuelos.)*
-- Discúlpeme, pero debo insistir...

CHAGO. *(Molesto.)* -- Chico, te dije que tengo que...

(Chago mira a la cara del misterioso personaje que, en una mano, sostiene sus lentes. Con la otra parece taparse el rostro, del cual sale una luz verdosa.)

CHAGO. *(Muy sorprendido.)* -- No me digas que eres tú...

ÁNGEL. *(Todavía de espaldas.)* -- El mismo que viste y resplandece. *(Mientras se coloca los espejuelos, la luz verdosa desaparece. Señalando hacia la mesa.)* ¿Nos tomamos un trago?

(Totalmente asombrado, Chago asiente con la cabeza y le indica el camino. Serenamente, el enigmático personaje se sienta en uno de los stools. Parece tener la misma edad que nuestro protagonista, aunque la sobriedad de su atuendo lo hace lucir un poco mayor. Luce una camisa blanca bien planchada, corbata discreta y lentes elegantes. Nos recuerda a un ejecutivo de ventas o al jefe de una gran empresa.)

ÁNGEL. (*Con un leve gesto de la mano, hace que la música desaparezca por completo.*) -- ¿No te parece más cómodo así? Siempre he creído que el silencio es indispensable para una agradable conversación.

CHAGO. (*Sin prestar atención a la "magia" de su interlocutor.*)
-- Sí claro...

ÁNGEL. (*Con ligero cinismo.*) -- ¿Sabes qué?, contrario a lo que dictan nuestros protocolos, casi me atrevo a decir... que me da gusto verte.

CHAGO. (*Aún demasiado sorprendido para captar el matiz sarcástico del saludo.*) -- ¿Qué haces aquí?

ÁNGEL. -- Trabajando. Igual que tú.

CHAGO. (*Todavía confuso.*) -- Pero, ¿por qué aquí?, de todos los centros nocturnos del planeta...

ÁNGEL. -- Por pura casualidad.

CHAGO. -- No te creo.

ÁNGEL. -- Bueno, entonces digamos que mi Superior consideró que no te vendría mal un poco de competencia amistosa. ¿Acaso no te oí decir, hace unos momentos, que "necesitabas un reto"?

CHAGO. -- O sea, que me estabas espiando.

ÁNGEL. (*Irónico.*) -- Espiando, ¡qué palabra tan fea! Yo prefiero decir que llevaba a cabo mi estudio de mercado.

CHAGO. (*Furioso.*) -- ¡Chico, no me vengas con ese cuento! Seguro que no estabas cumpliendo con tu cuota y, como siempre, viniste a tratar de "tumbarme" algunos de mis reclutas.

ÁNGEL. (*Con cara de desagrado.*) -- ¿Tumbarme? (*En tono de regaño.*) ¡Pero qué manera de expresarse para un flamante emisario del Todopoderoso!

CHAGO. (*Gesticulando aspavorosamente.*) -- ¡Chhh! Oye, mano, que nos pueden oír. (*Mirando hacia todos los lados.*) Recuerda que estamos de encubiertos.

ÁNGEL. (*Con prepotencia.*) -- Si te refieres a este silencio, no te preocupes, dos pasos más allá continúa el infernal ruido que estas criaturas llaman música. (*Con irónica condescendencia.*) ¿No te molesta que use la palabra *infernal*? ¿Verdad, ma-no?

CHAGO. (*Molesto por que el otro se burle hasta de sus coloquialismos.*) -- Ya veo que no has cambiado nada. Sigues siendo el mismo hijo 'e la gran puta de siempre.

ÁNGEL. (*Con fingido asombro, más irónico aún.*) -- Pero si ya les permiten decir malas palabras a los angelitos de Dios, ¡qué maravilla! Claro que a mí, en honor a la precisión, me debiste haber llamado *hijo 'el gran Diablo*.

CHAGO. (*Fingiendo interés.*) -- Por cierto, ¿cómo anda el susodicho?

ÁNGEL. -- Muy bien, gracias. Le enviaré tus saludos.

CHAGO. -- Oye, aguanta, que no es pa' tanto.

ÁNGEL. (*Melodramático.*) -- ¡Dios mío!, ¿dónde están mis modales? Casi me olvido de que te había invitado a un trago.

CHAGO. (*Curioso.*) -- ¿Tú dijiste: "Dios mío"?

ÁNGEL. -- Sí. ¿Te molesta?

CHAGO. -- No, sólo me asombra.

ÁNGEL. -- Ay, por favor, no me digas que te vas a poner con la ridiculez esa con que los creyentes justifican que los ateos no existen.

CHAGO. -- No, hombre, no. Yo sé que es una expresión como otra cualquiera. Sin embargo, tienes que admitir que se oye bien graciosa en la boca de un demonio. (*Ríe.*)

ÁNGEL. (*Un poco molesto.*) -- Sí, supongo que sí. (*Aprovechando la ocasión, llama a la mesera.*) ¡Señorita, señorita!

(Aparece la mesera, una muchacha muy joven y muy bonita. Viste una camisa blanca de tuxedo, con pajarita, minifalda y medias negras. Se acomoda en la parte de atrás de la mesa, de frente al público.)

MESERA. (*Sonriente, lista para apuntar el pedido en una libretita colocada sobre su bandeja. De repente, mira hacia arriba, como si algo faltara.*) -- ¡A Dios! ¿Y la música?

ÁNGEL. (*Sin titubear, señala hacia un punto fijo.*) -- No es nada, aquella bocina debe haberse descompuesto.

MESERA. (*Servicialmente.*) -- No se preocupe, ahora mismo le digo al "diyey" que la arregle.

ÁNGEL. (*Amablemente.*) -- Descuide, así estamos mejor.
(*Dirigiéndose a Chago.*) ¿No te parece?

CHAGO. (*Quien ha estado mirando descaradamente el cuerpo de la muchacha.*) -- Definitivamente, que ahora estamos mejor.

MESERA. (*Que no se ha dado cuenta de las miradas de Chago.*)
-- Okey. Entonces, ¿en qué puedo servirles, caballeros?

CHAGO. (*Coqueteando con descaro.*) -- Yo no sé qué diría mi distinguido acompañante, pero a mí me podrías servir para muchas cosas.

MESERA. (*Ahora con la sonrisa forzada, mirando a Chago.*)
-- Me refiero a qué van a tomar, señor.

CHAGO. (*Haciéndose el gracioso.*) -- Disculpa, es que me deslumbré con tu belleza. (*La muchacha fuerza otra sonrisa.*) Tráeme otro whisky en las rocas.

ÁNGEL. (*Que apenas puede creer el comportamiento de Chago.*)
-- Un agua Perrier, por favor.

MESERA. (*Dirigiéndose a Ángel.*) -- Muy bien, vuelvo enseguida.
(*Sale de escena con expresión de disgusto.*)

CHAGO. (*Burlón.*) -- ¿Agüita Perrier para el hijo de Satanás?

ÁNGEL. (*Tratando de esquivar la chanza.*) -- Muy gracioso, pero debo admitir que me confundes: te comportaste con esa muchacha como el machazo de una mala película mexicana. ¿Acaso no es ése mi territorio?

CHAGO. -- ¡Ahí es que te equivocas!, estimado demontre. Lo que pasa es que estás presenciando nuestra nueva estrategia de reclutamiento para el lado del Bien.

ÁNGEL. -- ¿Qué dices?

CHAGO. (*Con cierta seriedad.*) -- Déjame explicarte. Después de muchos años de intentos fallidos, de siglos de frustrantes fracasos y de casi dos milenios de estar perdiendo terreno ante ustedes, nuestros rivales del Infierno; hemos decidido, mis compañeros celestiales y yo, cambiar el acercamiento que les hacemos a los seres humanos.

ÁNGEL. (*Sin inmutarse.*) -- Creo que ya entiendo. Ustedes pretenden ser uno de nosotros y, luego, les revelan su verdadera identidad.

CHAGO. -- Eres listo, mi endiablado contrincante.

ÁNGEL. -- ¿Y por eso trataste a esa muchacha como un pedazo de carne sin sentimientos?

CHAGO. -- ¡Ahora me jodí yo!: un demonio con conciencia feminista. (*Ángel lo mira sorprendido.*)

ÁNGEL. -- No, no se trata de eso. Es que, en este caso particular, no logro entender tus objetivos.

CHAGO. -- Pues no tienes por qué entenderlos.

ÁNGEL. (*Confundido.*) -- ¿Cómo que no?

CHAGO. -- Como lo oyes. (*En tono de sentencia.*) De ahora en adelante, los que obramos el Bien no necesitaremos de ningún tipo de justificación.

ÁNGEL. -- Pero si ése siempre ha sido nuestro *modus operandus*.

CHAGO. -- Pues se jodieron. De ahora en adelante, trabajaremos con condiciones idénticas.

ÁNGEL. (*Molesto.*) -- ¡Eso no es justo! Además, nada de esto explica tu comportamiento con esa pobre muchacha.

CHAGO. -- Ay, chico, no seas mojigato. Yo me porté de esa manera porque así paso inadvertido, como todo buen agente encubierto.

ÁNGEL. (*Asintiendo.*) -- Claro, el truco más viejo del mundo.

CHAGO. -- Antes hubiera tenido que justificar ante mis superiores esa clara ofensa a la mesera que, por otra parte, quizá me hubiese impedido reclutar a otra persona para el lado del Bien.

ÁNGEL. (*Realmente conmovido.*) -- ¡Brillante!

CHAGO. (*Ve a la mesera que se acerca con sus tragos.*) -- Por cierto, ahí viene. (*En voz baja.*) Déjame demostrarte algo.

MESERA. (*Se acomoda de la misma manera para servir los tragos.*) -- Agua Perrier para el caballero.

ÁNGEL. -- Gracias.

MESERA. (*Más seria.*) -- Whisky en las rocas.

CHAGO. (*Cambiando su personalidad, de modo que suena sincero.*) -- Es usted muy amable, señorita, gracias por su servicio. (*Le tiende un billete.*) Quédese con el cambio. (*Dirigiéndose a Ángel.*) ¿De qué hablábamos, respetable enemigo?

(*La mesera titubea un momento, recoge su bandeja vacía y sale de escena con cara de confusión.*)

CHAGO. -- Ah, me encanta confundir, maquinari, tramar...

ÁNGEL. (*Inquisitivo.*) -- ¿Engañar?...

CHAGO. (*Justificándose.*) -- Siempre que sea para una buena causa.

ÁNGEL. -- Estoy realmente maravillado. Es más, propongo un brindis. (*Ambos hombres alzan sus vasos.*) Por una competencia saludable entre el nuevo Bien y el Mal de siempre.

CHAGO. -- ¡Salud! (*Ambos beben.*)

ÁNGEL. -- ¿Puedo hacerte una pregunta?

CHAGO. -- Las que quieras. (*Se dispone a encender un cigarrillo, pero lo deja colgando de sus labios, atento a su interlocutor.*)

ÁNGEL. -- ¿Qué les hizo cambiar de opinión? Es decir, luego de tantos siglos de operar con unas estructuras tan rígidas, tan definidas, ¿cuál fue el acicate, el motivo fundamental para el cambio?

CHAGO. -- Pues aunque no lo creas, el agente principal de cambio fuiste tú. (*Aprovecha la terrible sentencia, para encender el cigarrillo.*)

ÁNGEL. (*Sumamente turbado.*) -- ¿Yo?

CHAGO. -- Así es. ¿Por qué crees que pagué esta ronda cuando la invitación fue tuya? (*Le ofrece un cigarrillo.*) ¿Fumas?

ÁNGEL. (*Conteniendo su impaciencia.*) -- No, gracias. Me he vuelto alérgico al humo.

CHAGO. (*Soltando una carcajada.*) -- Claro, si te lo has estado tragando por dos mil años. (*Bebe un sorbo de whisky para componerse.*) Pues sí, mi alérgico diablillo, usted ha sido mi gran inspiración durante muchos, muchos siglos. De hecho, hemos compartido, trabajando para bandos opuestos, claro está, algunos de los eventos que moldearon la historia de la humanidad.

ÁNGEL. (*Disimulando su interés.*) -- No me digas.

CHAGO. (*Con cierta ironía.*) -- Sí te digo. Por ejemplo, te acuerdas de... (*Pronunciando lentamente.*) Petronio Patroclo.

ÁNGEL. (*Sobresaltado.*) -- ¿Cómo sabes sobre eso?

CHAGO. (*Burlón.*) -- Por cierto, ¿Quién escogió el nombrecito?, ¡está de madre!

ÁNGEL. (*Impaciente.*) -- ¡Qué sé yo!... no me acuerdo, además ¡qué diablos importa!

CHAGO. (*Irónico.*) -- Tienes razón: qué (*Señalando a Ángel, mientras pronuncia enfáticamente.*) ¡DIABLOS! importa. (*Ríe.*)

ÁNGEL. (*Poniendo los ojos en blanco.*) -- Lo que me faltaba: ¡un ángel comediante!

CHAGO. -- Disculpa, se supone que te esté alabando. (*Con admiración.*) Ah, tu caracterización de Petronio Patroclo: ¡qué excelente trabajo! Yo estuve allí, día tras día, viendo como te ganabas la confianza del emperador Diocleciano, ¿te recuerdas de él?

ÁNGEL. -- (*Rememorando.*) ¿Diocleciano? ¿Ése no fue el que convirtió en antorchas los cuerpos de los cristianos que exterminaba, para alumbrar sus jardines de rosas?

CHAGO. -- No, chico, ése fue Nerón, ¿tú sabes?, el que ponen en los muñequitos tocando el violín mientras Roma se quema.

ÁNGEL. -- Tienes razón, ¿y cuál fue Diocleciano? (*Con petulancia.*) Es que mis reclutas del Mal han sido tantos...

CHAGO. -- Diocleciano fue el emperador que tú convenciste para que se llevara la capital del Imperio Romano fuera de Roma.

ÁNGEL. (*Rememorando, con la mano en el mentón.*) -- Verdad que sí...

CHAGO. -- Y como si eso fuera poco, luego lo persuadiste para que dividiera su reino en Oriente y Occidente, sabiendo muy bien que ése sería el primer paso para la caída del Imperio Romano, uno de los más gloriosos que la humanidad jamás haya visto.

ÁNGEL. (*Jactándose.*) -- Sin duda, uno de mis mejores trabajos. (*Saliendo de sus remembranzas.*) ¿Y tú estabas allí?, (*Tratando de recordar la fecha.*) pero si eso fue en el siglo...

CHAGO. -- En el siglo 3 de nuestra era.

ÁNGEL. -- ¿Y desde entonces vienes siguiendo mi trayectoria de reclutador del Mal?

CHAGO. -- Desde entonces. Te conocí cuando yo encarnaba a un esclavo de la corte romana, un negro importado de Marruecos, que se llamaba Yassif.

ÁNGEL. (*Tratando de recordar.*) -- ¡Jum!, no me acuerdo, es que hace tanto tiempo...

CHAGO. -- Olvidalo, tú eras un patricio, un tipo importante, qué te vas a acordar de un pobre esclavo como aquél. (*Se dispone a tomar un sorbo de su trago.*)

ÁNGEL. (*Aún tratando de recordar.*) -- Es verdad, no puedo ubicarte. Pero, dime, a aquellos esclavos de la corte, ¿no se los castraba?

CHAGO. (*Sorprendido, casi se ahoga con su trago, y tose.*)
-- Tienes razón. Así era...

ÁNGEL. (*Con fría y socarrona crueldad.*) -- Así que tú fuiste un eunuco.

CHAGO. (*Un poco avergonzado.*) -- Bueno, eso fue hace más de 1,700 años, no me acuerdo; además, fue por una buena causa...

ÁNGEL. (*Divertido, con ademanes muy finos.*) -- Vamos, querido querube, que yo no recuerde a un pobre esclavo del tercer siglo de nuestra era puede justificarse perfectamente, pero que tú no te acuerdes de... (*Hace un gesto de cortar algo.*) Cuéntame, ¿cómo se siente andar por ahí sin...?

CHAGO. (*Un poco molesto, tratando de recuperar el tema.*)
-- ¡Coño, chico, ya! Qué trabajo cuesta adular a un demonio.

ÁNGEL. -- Disculpa, creo que el... ¡DIABLO!... que se me metió por dentro. (*Ambos ríen y beben.*) Por cierto, ¿sabes cómo yo te reconocí?

CHAGO. -- Verdad es que tú me interrumpiste cuando yo iba a... nada, dime.

ÁNGEL. -- ¿Dónde estabas tú en los años 70?

CHAGO. -- Mmmm,... ¿del siglo 20?

ÁNGEL. (*Asiente con la cabeza.*) -- ¡Unjú!

CHAGO. (*Rememora un poco.*) -- Ah, ya me acuerdo, en Nueva York.

ÁNGEL. -- En efecto. Mi Superior me advirtió que un reclutador del Bien estaba haciendo maravillas con un personaje muy famoso, que sin saberlo, anduvo un tiempo muy cerca del lado oscuro.

CHAGO. (*Se queda pensativo y exclama:*) -- ¡Ya sé de donde me recuerdas!: del juicio de Mark David Chapman.

ÁNGEL. -- Efectivamente. Tenías un poco más de pelo y usabas demasiado poliéster, pero te reconocí inmediatamente.

CHAGO. -- ¿Y cuál fue tu aportación a ese caso?

ÁNGEL. -- Yo fui quien le recomendó a Mark que se leyera *A catcher in the rye*, la novela que luego lo convertiría en asesino.

CHAGO. (*Con admiración.*) -- ¡Fuiste tú!... ¡Qué bien!,... pero sabes que te salió el tiro por la culata, ¿verdad?

ÁNGEL. -- Es cierto. La muerte de John Lennon, en esos momentos en que tú lo tenías tan afianzado en el lado del Bien, sólo sirvió para desprestigiarnos.

CHAGO. (*Como dándose cuenta de algo.*) -- ¡Oye!,... entonces podríamos decir que hacía tiempo que nos admirábamos el uno al otro.

ÁNGEL. -- Y, sin embargo, nos tomó 1,700 años para tener nuestra primera conversación, ¿no te parece irónico?

CHAGO. (*Levantando su vaso para brindar.*) -- Cosas de la eternidad.

ÁNGEL. -- Amén. (*Chago lo mira extrañado.*) Que diga, ¡salud!
(*Brindan.*)

Se escucha una música seductora, pero estridente. En el límite entre la luz y la oscuridad aparece, de espaldas al público, una mujer despampanante, con un traje largo de lentejuelas, abierto en ambos lados para revelar unas piernas exquisitas, montadas en altos tacones negros. El escote posterior es profundo, pero elegante. Luce el pelo oscuro recogido en un moño elaborado, por lo que vemos el cuello espigado, las pantallas colgantes. Lleva ambas manos en la cintura, de modo que, aunque no lo podemos ver, sabemos que está "sacando pecho". Retiene su pose sensual, pues sabe que ambos hombres la admiran.

DORA. -- Hola, Chago, perdona lo de la semana pasada, pero aquí estoy. ¿Interrumpo algo?

CHAGO. (*Se pone de pie.*) -- De ninguna manera. El señor ya se iba, ¿verdad?

ÁNGEL. (*Consulta su reloj, mientras se pone de pie.*)
-- Realmente, no tengo tanta prisa, además, me toca comprar los tragos. (*Chago lo mira de mala manera.*)

La mujer va contoneándose al ritmo de la música, con un movimiento casi imposible de caderas, por todo el perímetro entre la luz y la oscuridad. Cuando pasa por detrás de Chago, éste hace con ambas manos el gesto que representa a una mujer curvilínea. Ángel asiente con un leve ademán.

Cuando la dama se ubica de frente al público, la música desaparece. Vemos el rostro exóticamente maquillado: los ojos rasgados, las cejas interminables, los labios salvajemente rojos. También notamos --resulta imposible no hacerlo-- la robusta hendidura en el escote y las uñas atrevidamente felinas. Aunque es difícil calcular su edad, podría ser contemporánea con ambos hombres. Éstos le ofrecen sus respectivos asientos, pero ella parece no mirarlos. Con una actitud de ensueño, casi soporífera, dice:

DORA. -- ¿Qué le pasó a la música?

ÁNGEL. (*Mintiendo hábilmente.*) -- Yo pedí que desconectarán aquella bocina (*Señala a un punto fijo, pero ella no mira.*) para que mi amigo... (*Pronunciando el nombre por primera vez, con ironía.*) ¡Chago! y yo pudiéramos conversar tranquilamente. Pero si prefiere, puedo hacer que la vuelvan a conectar. (*Repite el gesto con que hizo desaparecer la música.*)

DORA. (*Todavía con actitud de ensueño.*) -- No, está bien así. Por cierto, pueden tomar asiento. Llevo un largo rato sentada y prefiero permanecer de pie, al menos por ahora, porque puede ser que luego cambie de opinión. (*Se queda mirando a Ángel, quien se sienta de modo muy elegante.*)

ÁNGEL. (*Mintiendo con fluidez.*) -- ¡Ja, ja, ja!, es una historia muy larga y muy aburrida. No vale la pena.

CHAGO. (*Aún de pie y mirando el posterior de la mujer.*) -- Dora, mujer ingrata, pero qué bella estás.

CHAGO. (*Presionándolo.*) -- Tú mismo dijiste que no tenías prisa por irte cuando esta belleza terrenal se nos unió, ¿verdad, Dora?

DORA. (*Ignora completamente a Chago y se dirige a Ángel, tendiéndole la mano.*) -- ¿Nos conocemos?

DORA. (*Ignorando a Chago. Con extraña lentitud.*) -- Anda, sí, cuenta, anda, sí.

(*Chago hace un gesto de resignación y procede a sentarse.*)

ÁNGEL. (*Con inquebrantable aplomo.*) -- Les propongo algo:

ÁNGEL. (*Caballerosamente estrecha su mano.*) -- No hemos tenido el gusto. Me llamo Ángel.

CHAGO. (*A punto de sentarse, se detiene sorprendido.*) -- ¡Ángel!, que tú te llamas ¡Ángel!

ÁNGEL. -- Claro que si quieres oír una historia corta y simpática,

pregúntame. Ángel. (*Con toda naturalidad.*) -- ¿Por qué te parece tan extraño? (*Hacia él*) por que le decían Nuco. (*Hace gestos de tijeras.*)

CHAGO. (*Como tratando de explicárselo.*) -- Pero, Chico, cómo va a ser que un... que un... ¡tipo! como tú se llame Ángel.

DORA. (*Muy extrañada.*) -- ¿Pero ustedes no se conocían? -- No-co... y por qué?

ÁNGEL. (*Con aplomo.*) -- ¡Huy!, desde hace mu-u-ucho tiempo. ¿Verdad?, (*Irónico.*) ¡Chago!

CHAGO. (*Titubeando.*) -- Sí... es que hacía tiempo que no nos veíamos y yo siempre lo llamaba por su apodo (*Con sorna.*) ¡Petronio!

mayor que yo. Y, aunque todavía lo usaba, su mamá le usaba cantidades industriales de esa colonia de bebe Nemco, hasta los 17 ó 18 años. Como yo era

DORA. (*Con una risa lánguida, casi etérea.*) -- ¡Petronio!, ¿y por qué te decían así? -- Fa, Nuco, lo... Y por eso es me quedó el

sobrenombre.

ÁNGEL. (*Con absoluta caballerosidad.*) -- ¿Cómo sería posible olvidar un rostro así?

CHAGO. (*Fumando pensativo.*) -- Y un cuerpo así.

DORA. (*Sin inmutarse, a Ángel.*) -- Gracias. Pero podría jurar que nos conocíamos.

ÁNGEL. -- Nada, cualquiera se equivoca. (*Un poco aburrido con tanta insistencia, se dirige a Chago.*) ¿Y tú dónde conociste a Dora?

CHAGO. -- Pues aquí mismo, la semana pasada. (*A Dora.*) ¿Verdad?

DORA. (*Reaccionando, pues aún miraba a Ángel.*) -- Sí, sí, aquí, en aquella mesa, (*Confundida.*) ¿en aquella mesa fue?

(*Los hombres aprovechan la mirada distante de Dora para hacerse señas de que no entienden a la mujer: Ángel extiende sus manos y Chago hace círculos con el dedo índice alrededor de su oreja derecha.*)

DORA. (*Cambiando la dirección de su mirada.*) -- No, ya sé, fue en la barra, (*Señala.*) allí, por donde viene esa muchacha.

ÁNGEL. (*Mirando hacia donde ella señala.*) -- ¡Ajá!, ahí vienen nuestros tragos. (*Busca el dinero en su gabán.*)

CHAGO. (*Haciéndole señas a Ángel de la locura de Dora.*) -- ¡Qué bueno!, me hace falta uno.

MESERA. (*Sirve los tragos.*) -- Agua Perrier para el caballero, whisky en las rocas para usted y un tequila y una cerveza para la dama.

ÁNGEL. (*Le da un billete a la mesera.*) -- Aquí tiene.

MESERA. -- Salud. Ahora vuelvo con su cambio. (*Sale de escena de espaldas al público.*)

(*Los tres levantan sus vasos. Chago y Ángel prueban sus tragos y los colocan sobre la mesa. En cambio, Dora se bebe el tequila y la cerveza de un tirón. Los hombres la miran asombrados.*)

DORA. (*Con el mismo despiste que antes.*) -- Qué bueno que esa muchacha sabía exactamente lo que yo quería tomar.

ÁNGEL. (*Preocupado.*) -- Dora, no hace ni cinco minutos que tú pediste esos tragos. ¿No te acuerdas?

DORA. (*Con inseguridad.*) -- Sí, por supuesto, cómo se me va a olvidar.

CHAGO. (*También consternado.*) -- Dora, sé que apenas te conozco, pero la semana pasada, tú no actuabas así; al contrario, eras una joven bien articulada, con una contestación locuaz para cada uno de mis avances. ¿Te sucede algo?

DORA. -- Sí, en la barra, allí te conocí, ¿no es cierto? Aunque pensándolo bien, ¿no nos conocíamos desde antes? Tu cara me resulta muy familiar.

ÁNGEL. -- Dora, esas preguntas ya me las hiciste a mí. ¿Estás con alguien? ¿Quieres que llamemos a un taxi? ¿Te podemos llevar a algún lugar?

DORA. (*Por primera vez sobresaltada.*) -- No, no, no, estoy bien, gracias, sólo necesito ir al baño un momento. Por favor, no se vayan, espérenme, después les confieso lo que me pasa.

CHAGO. -- *¿Recuerdas que dije que la semana pasada, hasta vestía de ma...*
MESERA. (*Entra a escena. A Ángel.*) -- Su cambio, señor.

ÁNGEL. (*A la mesera.*) -- Señorita, podría indicarle a la dama dónde se encuentra el baño. (*Escoge un billete y se lo entrega.*)

CHAGO. -- *Pues es verdad. La semana pasada llevaba una blusa con...*
MESERA. (*Coge el billete y espera a que Dora agarre su cartera.*)
-- Por supuesto.

ÁNGEL. -- *Y entonces, ¿cómo le viste el lunar? No me digas que los...*
(*La mesera le indica a Dora el camino. Los hombres se ponen de pie. Ellas salen de escena.*)

CHAGO. -- *No, ese sería Superman. Yo me acosté con ella.*
ÁNGEL. (*Se sienta.*) -- Me podrías explicar, (*Irónico.*) querido Cha-gui-to, de qué hospital siquiátrico sacaste a tu amiguita.

CHAGO. (*Confundido.*) -- No sé, Chico, te digo que la semana pasada esa muchacha era otra: hablaba de otra manera, reía de otra manera, hasta vestía de otra manera.

ÁNGEL. (*Por primera vez pierde el aplomo.*) -- ¡Duro así! (*Le arrebat...*)
ÁNGEL. -- ¿No sería otra muchacha?

CHAGO. -- No, no, estoy seguro de que es la misma. *ya te había dicho que el bien y el mal estaban vestidos con creaciones idénticas, ¿por qué te sorprendes tanto?*

ÁNGEL. -- ¿Y cómo puedes estar tan seguro? Estos lugares son oscuros, ruidosos, ¿cómo sabes que no era su hermana o su prima?

CHAGO. (*Que se molesta todavía.*) -- *¿Qué por qué me sorprenda más? (Le arrebató el cigarrillo de las manos y le da una chapada intensa)*
CHAGO. -- Por un lunar que tiene en la espalda.

CHAGO. (*Sorprendido.*) -- ¿Y tú no eras alérgico?

ÁNGEL. (*Muy furioso.*) -- ¡Pues ya me curé, carajo! (*Continúa dando vueltas alrededor de la mesa, fumando como un loco.*) ¿Que por qué me sorprende tanto? (*Lo mira con furia demoníaca.*) Porque una cosa, Cha-gui-to, es exigir igualdad de condiciones de trabajo y otra, es andar fornicando por ahí en nombre del Bien. Eso ni al mismo Satanás se le hubiera ocurrido.

CHAGO. (*Firme.*) -- Pues si ustedes se pasaron siglos enteros fornicando en nombre del Mal, como su interminable lista de súcubos e incubos lo prueba, entonces el fornicar en nombre del Bien sería una situación de igualdad de condiciones de trabajo, ¿no te parece?

ÁNGEL. (*Un poco más sosegado, aunque aún fuma alrededor de la mesa.*) -- Es que los ángeles nunca han tenido... (*Se señala la entrepierna.*) Si hasta hubo un famoso concilio que nunca pudo descifrar (*Engolando la voz.*) "El sexo de los ángeles".

CHAGO. -- Pues ya lo hemos resuelto. (*Con sonrisa maliciosa.*) ¡Y cómo!

ÁNGEL. -- Sí, ya veo. (*Sarcástico.*) Por cierto, qué pronto te curaste de tu "eunuquería".

CHAGO. (*Confundido.*) -- ¿Pronto? ¡Si han pasado 1,700 años!

ÁNGEL. (*Comenzando a recobrar su aplomo.*) -- El punto es que esto es una guerra abierta: tú recluta para el Bien, yo para el Mal, y que gane el mejor.

CHAGO. (*Interesado.*) -- Y ya que hablamos del mejor, ¿qué te parece si hacemos una apuesta?

ÁNGEL. (*Levantando los brazos.*) -- ¡Lo último que faltaba! (*Con picardía.*) ¡Chaguito el angelito metido a bolitero!

CHAGO. -- Chico, no es nada de eso. Escucha: tú viniste hoy aquí a reclutar, ¿verdad?

ÁNGEL. -- Y tú también, ¿supongo?

CHAGO. -- Pues aquí va el reto: el que reclute a Dora hoy se queda con el territorio, y el que pierda, promete nunca más volver por aquí.

ÁNGEL. (*Sarcástico.*) -- Inaceptable, mi querido mensajero celestial, no ves que tú ya le diste (*Señalando la entrepierna de Chago.*) "entrega inmediata".

CHAGO. -- Pero, Chico, si esa mujer no se acuerda ni de los tragos que había pedido, qué se va a acordar de lo que hizo la semana pasada.

ÁNGEL. (*Pensativo.*) -- Es cierto. (*Se vira hacia el público con una mano en el mentón.*) Además, yo podría utilizar a una mujer como Dora en el nuevo proyecto que le propuse al Jefe.

CHAGO. -- ¿Entonces...?

ÁNGEL. (*Virándose de espaldas al público.*) -- Acepto. (*Su rostro vuelve a resplandecer con el mismo fulgor verdoso.*)

CHAGO. (*Mirando hacia la oscuridad.*) -- Apúrate, que por ahí viene. (*Ángel se apresura a tomar su asiento.*)

(Dora repite su entrada a escena, pero esta vez, la luz parece concentrarse sobre el extraño lunar en la parte superior de su espalda. Vuelve a sonar la música sensual y estridente. La mujer reitera el contoneo rítmico, mientras bordea el perímetro entre la luz y la oscuridad. La única diferencia es que ahora pasa por detrás de Ángel, quien le devuelve el gesto de la mujer curvilínea a Chago. Los hombres se ponen de pie. Cuando llega a la mesa, la música se esfuma.)

ÁNGEL. *(Tomando la iniciativa.)* -- ¿Cómo estás? *(Le ofrece su stool.)* Toma, siéntate.

CHAGO. *(Mientras ella se sienta.)* -- ¿Te sientes mejor? Mira, que nos tienes bien preocupados.

DORA. *(Acomodándose en el banco de Ángel.)* -- Ay, no se preocupen, ya estoy bien. *(Enigmática.)* Podría decir que hasta soy otra.

CHAGO. *(Percatándose de que todos los vasos encima de la mesa están vacíos.)* -- ¿Quieres tomarte algo?

DORA. -- No, gracias. *(Dirigiéndose a Ángel, con actitud agresiva, sensual.)* Lo que me hace falta, ya está aquí.

ÁNGEL. *(Aún sin darse cuenta del cambio de actitud de la mujer.)*
-- Ah, sí. ¿Y eso qué es?

(Provocativamente, Dora se le acerca y le murmura algo al oído.)

ÁNGEL. *(Sobresaltado, se aleja de Dora.)* -- ¡Apártate, demonia!

CHAGO. *(A Ángel.)* -- ¿Qué te dijo?

ÁNGEL. -- ¡Muchacho!, en todos mis siglos como reclutador del Mal, nunca había escuchado semejante barbaridad.

DORA. (*Levantándose del stool como un resorte y señalando a Ángel.*) -- ¡Ajá! ¡Lo sabía!

CHAGO. (*Confundido.*) -- ¿Qué, qué...?

DORA. (*En actitud de triunfo.*) -- ¡Yo sabía que te había visto antes!

CHAGO. -- ¿Dónde, dónde...?

DORA. (*A Ángel.*) -- Al principio no te reconocí, pero luego, cuando ustedes empezaron con sus chistes mongos: (*Los imita burlona.*) Que si cuéntale lo de Petronio, Que si "Fo-Nuco-fo", "¡ja, ja, ja!", entonces fue que puede ubicarte.

CHAGO. -- ¿Cómo, cómo...?

ÁNGEL. (*Pausadamente.*) -- Elemental, mi querubín-ángel. Creo que nuestra amiga Dora compartió con nosotros en las cortes del emperador... (*Señala a Dora para que termine el enunciado.*)

CHAGO. -- ¿Quién, quién...?

DORA y ÁNGEL. (*Al unísono.*) -- Diocleciano.

CHAGO. (*Finalmente comprende, llevándose las manos a la cara.*) -- ¡Coño, coño...!

DORA. (*A Chago.*) -- Por cierto, la anécdota del *Nenuco* te quedó chévere.

DORA. -- Pues muy bien. (*A Chago.*) Te confieso que esa fue una de las
 CHAGO. (*A Dora, tímidamente.*) -- Gracias, tuve que pensar rápido.

ÁNGEL. (*Inquisitivo.*) -- Bien, y ya que todos somos viejos amigos, ¿por qué no nos presentamos formalmente?

DORA. -- Porque yo sé quiénes son ustedes, pero ustedes no saben quién soy yo.

CHAGO. -- O sea que, ¿yo no te reconocí?

ÁNGEL. -- Entonces, ¿no nos vas a revelar tu verdadera identidad?

DORA. -- Ay, mi ingenio proselitista del hijo, si yo fui quien te

reclutó
 DORA. -- A su debido tiempo, diablo chismoso.

CHAGO. (*Quien la ha estado mirando atentamente.*) -- Oye, ¿tú no eras Venusina, la concubina favorita del emperador?

ÁNGEL. (*Sarcástico.*) -- ¡Y de tantos otros!
 preguntas tontas? (*Chago se ruboriza.*)

DORA. (*A Chago, recriminándole.*) -- Así que me reconoces ahora y no la semana pasada, cuando me hiciste el amor.

CHAGO. (*Hablando para sí.*) -- Yo sabía que no era sólo el lunar, había algo más...

DORA. -- Pues quizá ya sea hora de darte una explicación.

DORA. -- Claro, bobo, el lunar lo tengo ahora, pero no en aquel cuerpo.

CHAGO. -- ¡Per fi!

(*Ángel contempla a Dora en silencio.*)

(Ángel se voltea disgustado y se sienta en su stool.)

DORA. (Con el mismo aire juguetón y sensual.) -- Chago, Chago. Con ese nombrecito, ¿cómo te atreves a burlarte del Petronio Patroclo de nuestro querido y endemoniado Ángel?

CHAGO. (A modo de justificación.) -- Es que estaba buscando un nombre amistoso y fácil, con cierto aire seductor.

DORA. (Burlona, con expresión de desagrado.) -- Pues, mi'jo, se te quemó.

ÁNGEL. (Para sí mismo.) -- Esa expresión siempre me ha gustado: (Haciendo como una hoguera.) ¡Se te quemó!

DORA. (Con cara de "no me interrumpas".) -- Naturalmente.

ÁNGEL. (Un poco avergonzado.) -- Perdón.

DORA. (Retomando el hilo.) -- Como te iba diciendo, Chago, Chaguito, (Se le acurruca como una gátita.) que no siempre es tan angelito, (Chago se sonroja.) tu caso fue más trabajoso.

CHAGO. -- ¿Por qué?

DORA. -- Pues, tú eras nuevo en esto, se te notaba. Además, recuerda que la última vez que nos habíamos visto, tú no tenías... este, nada, olvídale.

CHAGO. (Con los brazos en jarras.) -- ¿Tú también?

DORA. -- Disculpa, no quise ofenderte. Tampoco quiero que te ofendas cuando te diga que estuve a punto de no reclutarte.

CHAGO. -- ¿Y por qué no?

DORA. -- Porque, antes de reconocerte, pensé que eras otro de éstos (*Señala a Ángel.*) y ya nuestra cuota de ellos está llena.

CHAGO. -- ¿Y cómo te diste cuenta de que era un trabajador del Bien?

DORA. -- Cuando te rechacé y no intentaste las viejas artimañas de esta gentuza. (*Señala a Ángel, quien se sonríe con orgullo.*) No te estuvo raro cuando, luego de haberte insultado, me di vuelta y te dije: (*Rozando su cuerpo contra el de él.*) "Anda Chago, adora a Dora ahora, ahora, ahora..."

CHAGO. (*Un poco cortado.*) -- Pues, sí, pero...

DORA. (*Como terminando su exposición.*) -- Así que ahí lo tienen, (*Señala a Chago.*) el Bien y (*Señala a Ángel.*) el Mal trabajando para mí. Como siempre ha sido, y como siempre será.

ÁNGEL. (*Furioso e impaciente.*) -- ¡Bendito sea Dios!, acaba ya de decirnos quién eres.

DORA. (*Dándose importancia.*) -- Disculpen, pensé que ya lo habrían descifrado. ¡Es tan simple! ¡Tan evidente! (*Mirando a ambos.*) Mis queridos colegas reclutadores, yo soy quien soy. Y existo desde mucho antes de que el hombre --y la mujer-- los inventara a ustedes. De hecho, muchas veces me han confundido contigo (*Señala a Chago.*) y hasta contigo (*Señala a Ángel.*) pero en realidad yo soy mucho más importante que ustedes porque los engendro, los moldeo, los enternezco y

hasta los exacerbo, según crea conveniente. Quizá me conozcan por la Afrodita de los griegos o por la Venus romana, pero en realidad, me parezco más a la sexta Cleopatra de los egipcios, a aquella concubina del emperador Diocleciano, a la jovencita del Ganges, a una matrona francesa del siglo 18, a cierta enfermera de un hospital nazi o a mí, Dora: una simple joven que, con un poco de astucia, *(A ambos.)* --no pueden negar que la parte en que me hice la loca me quedó genial-- *(Chago asiente, Ángel le vira la cara.)* puso en ridículo a dos de los aliados más poderosos que existen en el Universo.

(Con énfasis.) Así que recojan todos sus métodos y artimañas, y váyanse a trabajar a otro lugar, porque éste, ya me tiene a mí.

ÁNGEL. *(Sin inmutarse.)* -- Muy bien, pero puedes estar segura de que volveré.

DORA. -- De eso no me cabe la menor duda.

CHAGO. *(Con humildad.)* -- ¿Puedo hacerte una pregunta?

DORA. *(Con ternura.)* -- Claro, mi Bien.

CHAGO. -- ¿Te acuestas con todos tus reclutas?

DORA. -- No, mi corazón, sólo con los que me gustan.

CHAGO. -- Entiendo. *(Con cierta tristeza.)* Adiós, Dora. Siempre te recordaré. *(Sin despedirse de Ángel, sale de escena.)*

Dora mira a Chago con infinita ternura.

ÁNGEL. *(A Dora, parado en el límite entre la luz y la oscuridad, de espaldas al público.)* -- Nos vemos, novia del Ganges. *(Se voltea para salir de escena.)*

DORA. (*Carraspea para llamar su atención.*) -- Creo que se te olvida algo. (*Señala hacia el lugar en donde debe estar la bocina "descompuesta".*)

ÁNGEL. -- Ah, claro. (*Camina unos pasos hacia la mesa y, con el mismo gesto, hace que la música vuelva a sonar.*)

Dora le da las gracias con un gesto y con otro, se despide de él.

ÁNGEL. -- ¡Hasta siempre! (*Sale del círculo de luz anaranjada. Cuando penetra en la oscuridad, vemos la luz verdosa de su mirada hasta que se esfuma.*)

Al quedarse sola en escena, Dora se sienta en uno de los bancos, saca de su cartera un espejito y se arregla brevemente el maquillaje. Luego, del mismo modo en que Chago lo había hecho, señala a distintos miembros del público, negando con la cabeza. Cuando ve a alguien que le interesa, recoge su cartera y sale de escena, en búsqueda del posible recluta.

FIN

Acto seguido, reaparecen las luces intermitentes de transición sobre la escenografía del acto que acaba de concluir y sobre el lugar en donde entrevemos a Lorca y a Palés Matos mirando por la ventana. Cuando las luces se apaguen en el primer lugar y se retome la iluminación original del segundo, la transición se habrá completado.

LA GRAN BROMA

Segundo cuadro

Por medio de la ventana, Lorca y Palés terminan de ver a Dora saliendo de escena. De la misma manera que abrió la ventana, Lorca se dispone a cerrarla.

PALÉS. -- Bueno, Federico, ¿qué le pareció?

LORCA. -- Que esa Dora es una chica estupenda. Yo le digo que si me hubiera encontrao con una tía así cuando estaba vivo, a lo mejó mi vida hubiera sido muy distinta,... *(Con picardía.)* Aunque sólo fuera por unos meses, ¿eh?

PALÉS. -- Me refiero al mensaje de la computadora.

LORCA. -- Ay, don Luis, no me vuelva a hablá del utensilio 'er diablo ése; mire que me entra una temblequera que...

PALÉS. *(Interrumpiéndolo.)* -- Federico, por favor. Usted sabe muy bien que, según las palabras que leímos en la pantalla, esta situación *(Señala a la ventana.)* nos ayudaría a descifrar algunas de nuestras incertidumbres. Por cierto, *(Inquisitivo.)* ¿ha descifrado usted algo?

LORCA. -- Hombre, si más claro no canta un rui señó. La muy maja de Dora representa el amor en su más esplendorosa dimensión, en toda su potencia y su belleza, y es por eso que, por lo menos yo me encuentro aquí... *(Dramáticamente.)* Gracias a todo lo que amé cuando estaba vivo.

PALÉS. -- Pues yo no estoy de acuerdo con usted. Para mí que Dora es la perfecta encarnación de la lujuria: ese instinto básico que es más antiguo y más poderoso que el bien, que el mal y, en ciertas ocasiones, hasta que el mismo amor. Por eso es que...

LORCA. (*Interrumpiéndolo.*) -- ¡Pero, Don Luis!, ¿cómo va a pensar eso? Además, ¿cómo encajaría usted la lujuria acá Arriba y, más aún, en esta actividad a la que fuimos invitados?

PALÉS (*Pensativo.*) -- Ése es el problema, Federico, que ni su explicación ni la mía aclaran ninguna de nuestras incertidumbres; al contrario, abonan a ellas.

LORCA. -- Pero don Luis, ¿es que todavía no se ha dao cuenta de que los mensajes de... (*Señala hacia arriba.*) son así?

PALÉS. -- ¿Así cómo, Federico?

LORCA. -- ¡Pues que no hay quién los entienda, hombre! Si le digo que yo siempre he pensao que... (*Señala hacia arriba.*) debe ser un tío con un sentido del humor muy extraño, que se entretiene, allá en la soledad de su eternidad, jugándonos bromas, a veces muy gordotas, a los humanos.

PALÉS. -- (*Pensativo.*) Pues puede que tenga usted razón, ya que esa sería una buena manera de explicar nuestra presencia aquí, en este enigmático simposio intracelestial.

LORCA. -- El cual, por cierto, (*Señalando hacia el mismo lugar en donde vieron a San Pedro.*) está a punto de reanudarse.

Se vuelve a escuchar la fanfarria de trompetas celestiales. Ambos hombres vuelven a tomar sus asientos: Palés mira inmediatamente hacia San Pedro; Lorca separa un poco su silla de la mesa, dirigiéndole miradas de desconfianza a la computadora.

VOZ DE SAN PEDRO. -- Vuelvo a darles la bienvenida a nuestro Simposio Intracelestial del 98. Confiamos en que hayan disfrutado de sus respectivos mensajes introductorios.

LORCA. (*A Palés, en voz baja.*) -- Pues no hemos entendido ni patata, pero sí que nos ha gustado la abusadora de la Dora, ¿no es cierto? (*Palés asiente con la cabeza.*)

VOZ DE SAN PEDRO. -- Antes de presentar a nuestros panelistas, quienes discutirán los aspectos históricos, sociales y psicológicos del 1898, año que cambió para siempre la historia de la humanidad, les pido un gran aplauso para nuestros ujieres, los casi 300 jóvenes que perecieron en la explosión del *Maine* en la bahía de La Habana.

LORCA. -- (*Mientras aplaude fervorosamente.*) ¡Virgen de la Macarena!, con lo reguapetes que están...

PALÉS. -- Federico, por favor, déjese de esas cosas. No se vaya a meter en un lío.

LORCA. -- ¡Hala!, tío, que algunas cosas ni la misma muerte puede cambiá. (*En tono pícaro.*) Además, déjese de beatadas que usted también hizo su escala en el Purga por aquellos meneos cachondos de inmensas grupas; (*Con desdén.*) aunque fuesen de negrazas.

PALÉS. -- Federico, no es momento para hablar de esas cosas. Además, muéstrole algo de deferencia a San Pedro.

LORCA. -- Vamos, don Luis, cualquier momento es bueno para hablar de esas cosas. De todos modos, fijese que San Pedro ya se ha ido. Anda, cuénteme, ¿cuánto le echaron en el Purga?

PALÉS. -- Este...no sé... no me acuerdo. Además, ¿quién ha llegado tan limpio y tan puro de allá abajo, que no haya tenido que pasar un tiempito en el Purgatorio?

LORCA. -- Yo diría que algún tonto que no supo aprovechar la vida.

PALÉS. -- Bueno, tampoco así. Dicen que en estos días llegó una santa, la madre Teresa de Calcuta, que subió derechito hasta el lado derecho del trono.

LORCA. -- Pues no es lo que yo he escuchao. Por ahí dicen que la muy santurrona hizo su escalilla en el Purga porque era muy aficionada a los tacos.

PALÉS. -- ¿Y qué tienen que ver sus hábitos alimenticios?

LORCA. -- No, hombre, que la santa mujer traía la boca con más mugre que una cloaca romana.

PALÉS. -- ¡¿Qué...?!

LORCA. -- Pues eso dicen, que santa y todo como era, se echaba unas palabrotas que avergonzaban hasta las vacas sagradas.

PALÉS. -- (*Riéndose fuertemente.*) Ay, Federico, usted dice cada cosa.

LORCA. -- (*Mira hacia un punto determinado y exclama.*) ¡Me cago en la Hostia!

PALÉS. -- *(Como aún se ríe, no se ha percatado de que Lorca ha visto a alguien.)* ¿Qué dijo? *(Risas.)* ¿Una de las palabrotas de la Madre Teresa?

LORCA. -- No, hombre. *(Lo toca por un hombro y le señala hacia donde mira.)* ¿Ha visto quiénes están en aquella mesa?

PALÉS. -- ¿Cómo? ¿Dónde?

LORCA. -- Son los granujas de la Generación del 98.

PALÉS. -- *(Boquiabierto).* ¡No puedo creerlo!

LORCA. -- Pues mírelos bien. *(Señalando uno a uno.)* Don Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Azorín, Ramiro de Maetzu y, por supuesto, Antonio Machado. Al que no reconozco es al mozo del bigotito y la frente grande.

PALÉS. -- ¡Dios mío! ¡El Apóstol!

LORCA. -- Vamos, don Luis, que son doce y, además, ese tío no tiene tipo de comensal de última cena.

PALÉS. -- No sea lerdo.

LORCA. -- ¿Cómo ha dicho?

PALÉS. -- Nada, discúlpeme. Me refiero al Apóstol, José Martí.

LORCA. -- ¿El cubano de la guerra del 95?

PALÉS. -- (*Vuelve a asentir con la cabeza.*) ¡Unjú! Y el de los *Versos sencillos*, el *Ismaelillo*, la *Niña de Guatemala*...

LORCA. -- (*Con cara de repulsión.*) Pues no entiendo cómo esa niña ha muerto por un tío tan cabezudo, eh. (*Palés desapruueba moviendo la cabeza de lado a lado.*) ¡Mire, mire, don Luis!, el serrote de Unamuno se ríe con el frentotas. (*Hace gestos que remedan una gran cabeza.*)

PALÉS. -- Federico, respete al mártir de Dos Ríos. Además, yo creo que se están riendo de Azorín.

LORCA. -- Joder, cómo no se van a burlar de un tío con ese nombre. (*Ambos ríen y siguen buscando con la mirada.*)

PALÉS. -- Federico, mire, dos mesas a la izquierda.

LORCA. -- ¿Dónde, dónde?

PALÉS. -- Allí, la señorona de las joyas.

LORCA. -- ¡Sangre de Cristo! ¡María Cristina de Habsburgo!

PALÉS. -- Y el que está a su lado, ¿no es McKinley?

LORCA. -- El mismo que viste y se calzó una montañota con su nombre.

PALÉS. -- ¿Quién lo creería? El presidente estadounidense durante la Guerra Hispanoamericana chachareando, así como si nada, con la mujer que representaba la corona española. Pero, ¿por qué ella y no Sagasta, el primer ministro?

LORCA. -- Pues no lo sé. Además, la historia de esos Habsburgo es un rollazo que le aseguro que ni ella misma pue' entenderla.

PALÉS. -- ¿No fue que cuando Alfonso XII murió, su hijo Alfonso XIII aún no tenía la mayoría de edad y por eso María Cristina fue nombrada regenta?

LORCA. -- ¡Santa Ágata sin tetas!, que se sabe usté er cuento mejó que cualquié peninsulá.

PALÉS. -- Gracias, pero la historia no es tan complicada.

LORCA. -- Pues a mí me parece más retorcida que esos culebrones que dan por la tele. Por cierto, ¿llegó usté a ver uno de esos aparatos?

PALÉS. -- ¿Los culebrones o los televisores?

LORCA. -- (*Un poco molesto.*) ¡Los televisores!, hombre.

PALÉS. -- Bueno, cuando mi tiempo terminó allá Abajo, la televisión recién comenzaba, pero sí recuerdo que vi algunas de las primeras transmisiones allá en la Isla.

LORCA. -- ¿Y llegó a ver algún culebrón?

PALÉS. -- No, pero los escuchaba por la radio.

LORCA. -- (*Nostálgico.*) Ah, claro, la radio. Cuando yo era un chavalillo...

PALÉS. -- (*Parece haber divisado a alguien y grita.*) ¡Mire, Federico!

LORCA. -- ¡Ea! Pero qué susto me ha pegao...

PALÉS. -- Allá, en aquella mesa grandota. (*Lorca mira.*) ¿Ve al militar bigotudo (*Señalando.*) con el señor del machete?

LORCA. -- ¿Usté se refiere al tío que no le cabe ni una medalla más en el pecho, al lado de aquel negro majestuoso?

PALÉS. -- (*Palés afirma con un gesto.*) ¡Son Weyler y Maceo!

LORCA. -- (*Con gesto de incomprensión.*) Pues me ha dejao a oscuras, y créame que no es una burla al señor de color.

PALÉS. -- Digamos que fueron archienemigos en la guerra de Cuba.

LORCA. -- ¡Joder! Esto está más entretenío que cualquiera de esos culebrones... (*Palés asiente.*) Pero a qué mentecato se le habrá ocurrido sentar a esos dos juntos.

PALÉS. -- (*Asustado.*) ¡Federico! (*Susurrando.*) Recuerde quién nos envió las invitaciones... (*Señala hacia arriba.*)

LORCA. -- ¡Santo Juan decapitao! (*En voz baja.*) Lo había olvidao.

PALÉS. -- Pues recuérdelo cuando le explique las demás parejas que reconozco en esa mesa.

LORCA. -- ¿Es que hay más?

PALÉS. -- ¡Ja!, esto apenas comienza. (*Se acomoda en su silla, para seguir indicándole a Lorca.*) ¿Ve al otro militar, el que está dos puestos a la derecha, con el uniforme estadounidense?

LORCA. -- ¿El que parece un marrano estreño?

PALÉS. -- ¡Ése mismo!

LORCA. -- ¿Quién es?

PALÉS. -- Pues nada menos que el general Nelson A. Miles; el que dirigió la toma de Puerto Rico aquel dichoso 25 de julio.

LORCA. -- ¡No me diga! Y dígame, me muero por saber, ¿quién es el tío de las barbas sentao a su izquierda.

PALÉS. -- Ése, mi querido amigo, es el doctor Ramón Emeterio Betances.

LORCA. -- ¡Sí, sí!, he leído algo de él. Vivió en Francia, ¿no?

PALÉS. -- (*Asiente con la cabeza.*) El más grande luchador por la libertad de mi Isla.

LORCA. -- ¡Y a esos dos los han sentao juntos! Oiga, don Luis, le repito que quienquiera que se haya encargao de los asientos en esta romería ha de ser un perfecto hijo'e...

PALÉS. -- (*Lo interrumpe bruscamente.*) ¡Federico, calle! Mire que a lo mejor se trata de...(*Señala hacia arriba.*)

LORCA. -- (*Exasperado.*) Pues no me importa quién sea. De todos modos, ¿qué clase de simposio es éste? Dígame, don Luis, ¿para qué vinimos aquí? (*Señala hacia un lugar determinado.*) ¿Para oír a los militares gringos jactarse de su superioridad? (*Señala hacia otro lugar.*) ¿Para oír a los españoles lamentándose de su (*Hace la señal de las comillas con las manos.*) “mala” suerte? ¿Para ser testigos, una vez más, de la tan trillada y, ahora, centenaria misma mierda?

PALÉS. -- (*Asombrado, en voz baja.*) Federico, recuerde su teoría de que... (*Señala hacia arriba.*) es un bromista indescifrable; además, yo estoy tan confundido como...

LORCA. -- (*Apesadumbrado.*) Lo sé, don Luis, lo sé. Y perdone el exabrupto. ¿Sabe algo? Nunca me ha dejado de maravillar la infinita capacidad para la perversión de su sentido (*Señala hacia arriba.*) del humor... Es realmente admirable. (*Se queda pensativo.*)

(*Se escuchan aplausos. Palés mira hacia el lugar donde debe estar San Pedro. Lorca sigue ensimismado.*)

VOZ DE SAN PEDRO. -- Antes de pasar a la segunda parte de nuestra actividad, queremos agradecer la interesantísima participación de nuestros panelistas en esta primera parte.

PALÉS. -- (*Tratando de animar a Lorca.*) ¿Interesante de qué?, si nosotros no escuchamos ni una sola palabra, ¿verdad, Federico?

LORCA. -- (*Saliendo de su trance.*) ¿Cómo? Sí, claro que no...

VOZ DE SAN PEDRO. -- Ahora, tomaremos un breve receso para estirar las piernas.

PALÉS. -- (*Aún trata de animar a Lorca.*) ¡Caray!, yo no sabía que los muertos necesitábamos estirar las piernas.

LORCA. -- (*Recuperando su buen humor.*) Sí, hombre. Cómo si no hubiera sido suficiente con estirar la pata. (*Palés asiente, sonriendo.*)

VOZ DE SAN PEDRO. -- Les rogamos que no se aparten muy lejos de sus puestos, pues la sala es... infinita. (*Palés y Lorca intercambian una mirada de complicidad.*) Nos vemos muy pronto.

LORCA. -- (*Poniéndose de pie.*) Venga, don Luis, vamos hasta la mesa de los del 98. ¡Me muero por conocer a Machado!

PALÉS. -- (*Con expresión de picardía.*) No me diga que también lo encuentra guapo...

LORCA. -- (*Sonriendo.*) Qué picarón se me ha puesto, don Luis. Estos recesos hacen maravillas por su sentido del humor. Pero se equivoca. (*En voz baja.*) Además, no es mi tipo.

PALÉS. -- (*Riéndose.*) Ay, Federico, usted no tiene remedio.

LORCA. -- Por eso le he caído tan simpático, ¿verdad? ¡Hala!, colega, venga a saludar al cabezotas. (*Palés le dirige una mirada reprobatoria.*) ¡Perdone, perdone!, al mártir de Dos Ríos.

PALÉS. -- No, Federico. Yo tengo una regla que les aplico a todos los hombres ilustres: prefiero admirarlos de lejos.

LORCA. -- ¿Y eso por qué?

PALÉS. -- Digamos que ya he sufrido suficientes desilusiones.

LORCA. -- Vale. (*Asiente con la cabeza.*) Bueno, usted se lo pierde.

PALÉS. -- Anda, váyase. (*Lorca sale de escena y Palés le grita:*) ¡Llévele mis saludos a Machado! ¡Y a Unamuno!

VOZ DE LORCA. -- (*Fuera de escena.*) ¿Y qué del frentotas?

PALÉS. -- (*Riéndose.*) ¡También!

(*Palés se queda solo en escena mirando lo que pasa a su alrededor. La tarima vuelve a llenarse de niebla, como al inicio del acto. Se escuchan sonidos de gente en movimiento: pisadas, bullicio. Palés saca la invitación de su bolsillo y comienza a abanicar la bruma.*)

PALÉS. -- ¡Bendito! Con tanta gente chismorreando, (*Mientras abanica la niebla, mira a su alrededor.*) se va a formar un nuberio... (*Mira hacia donde Lorca salió de escena.*) Ay, Federico. ¡Qué tipo! Mírenlo allí, riéndose con Machado, como si se conocieran de toda la vida... O quizá deba decir: como si se conocieran de toda la muerte. (*Se ríe.*) No sé, (*Vuelve a mirar a su alrededor.*) a lo mejor esta grandiosa farsa tiene algún sentido... algún propósito divino que aún no he descifrado...

(*Reflexivo, mientras continúa abanicando la niebla.*) Un momento, ... ¿qué habrá querido decir Federico con eso de que el humor divino tiene una infinita capacidad para la perversión?

(*De pronto, se percata de que tiene la invitación divina en sus manos, y se pone a leerla.*)

VOZ. -- (*Profunda, resonante.*) Luis, ¿eres tú?

PALÉS. -- *(Deja su lectura y alza la vista, confundido.)* ¿Quién me habla?

VOZ. -- *(Como regañando.)* Luis Palés Matos, ¿es que no me reconoces?

PALÉS. -- *(Mira hacia arriba, contento, aliviado.)* Oh, Dios mío, ¿eres tú?

(Entra a escena un señor mayor, vestido con guayabera blanca y pantalón pardo. Su cabello es ralo y canoso, también su bigote. Con la misma voz que Palés venía escuchando, le contesta:)

MUÑOZ. -- ¡Coño, chico! Hacía como veinte años que nadie me confundía con... *(Señala hacia arriba.)* ¡Qué alegría me da!

PALÉS. -- *(Siguiéndole la corriente.)* ¿Qué alegría te da verme o qué alegría que te vuelvan a confundir con...? *(Señala hacia arriba.)*

(Los viejos amigos se traban en un fuerte abrazo.)

MUÑOZ. -- *(Mientras se abrazan.)* ¡Qué bueno verte, tocayo!

PALÉS. -- *(Mientras dejan de abrazarse.)* Vate, amigo, no nos vemos desde el...

MUÑOZ. -- *(Interrumpiendo.)* ¡Hace cuarenta años! Desde tu partida, Luis.

PALÉS. -- ¿Cuándo llegaste, tocayo? Si lo hubiera sabido...

MUÑOZ. -- (*Vuelve a interrumpir.*) Nada, hace un par de décadas que ando descansando por acá Arriba. Tú, mejor que nadie, sabes la falta que me hacía.

PALÉS. -- ¿Y cómo dejaste la Isla, Vate?

MUÑOZ. -- Pero qué vate ni qué bolas, chico. Ahora mismo me tumbas el nombrecito, que ya nadie usa esa palabra. Y, además, si alguien se merece el titulito, es usted, querido amigo.

PALÉS. -- ¡Nooo gracias!, si tú no lo quieres, a mí no me lo endilgues.

MUÑOZ. -- No te culpo, hermano. Pero, cuéntame, ¿qué haces aquí?

PALÉS. -- Pues, la verdad, no lo sé. Un día recibí esta...

MUÑOZ. -- (*Retoma la oración de Palés.*) ...invitación de...
(*Señala hacia arriba.*)

PALÉS. -- ¿También tú?

MUÑOZ. -- Aquí la traigo. (*Se toca un bolsillo de su guayabera.*)

PALÉS. -- Oye, Vate...; perdona, (*A modo de explicación.*) la fuerza de la costumbre; ¿con quién compartes tu mesa?

MUÑOZ. -- Chacho, deja que te cuente. Pero veo (*Mira hacia la mesa de Palés.*) que a ti también te asignaron una de estas mesitas para dos. Dime, ¿quién es tu contertulio?

60

PALÉS. -- Pues nada menos que don Federico García Lorca.

MUÑOZ. -- ¡No me jodas!, Luis. ¿De verdad? (*Palés asiente con un gesto.*) Cómo te envidio. ¿La están pasando bien?

PALÉS. -- Bueno, el tipo está un poco loco, pero es divertidísimo.

MUÑOZ. -- Cuando regrese, dile que la obra suya que más me gusta es *Yerma*...no sé, de alguna manera, siempre la identifiqué con nuestra Islita.

PALÉS. -- Bueno, y ahora que tú hablas del tema, te vuelvo a preguntar: ¿Cómo dejaste la...

MUÑOZ. -- Ave María, Palés...mis dotes políticos de evasión nunca funcionaron contigo.

PALÉS. -- Ni van a funcionar ahora, Muñoz.

MUÑOZ. -- Lo sé, y por eso te contesto con la honestidad que no podía permitirme cuando era gobernador: las cosas están bien malas.

PALÉS. -- ¿Cuán malas?

MUÑOZ. -- Recontrajodidísimamente malas.

PALÉS. -- Amigo, sabes que nosotros nunca estuvimos de acuerdo en estas cosas. Pero yo te conocí, te conozco, como pocos; porque nuestra amistad nació del arte y no de la política. Por eso me imagino lo que debes estar sufriendo.

6.

MUÑOZ. -- (*Con tristeza.*) ¿Sabes con quién comparto mi mesita para dos? (*Suspira.*) Con don Pedro...

PALÉS. -- ¿El nacionalista? (*Muñoz asiente con la cabeza.*)

MUÑOZ. -- ¿Y sabes algo? Nuestra conversación ha sido amena, civilizada, pero yo llevo la desventaja del que carga con el mayor número de culpas.

PALÉS. -- ¿Cuántas veces te dije que no te metieras en esas cosas?, tocayo.

MUÑOZ. -- Lo sé, querido amigo. (*Triste, con algo de rencor.*) Pero en cuestiones de política las cosas se enredan tanto que te pueden ir exprimiendo, (*Hace un gesto de torción.*) poquito a poco, toda la humanidad con la que naciste, hasta que quedas convertido en algo muy distinto...

PALÉS. -- ¿En un político?

MUÑOZ. -- Que es la manera más común de referirse a esa manada de megalómanos capaces de traicionarse a sí mismos, con tal de mantenerse aferrados al poder.

PALÉS. -- ¿No se te estará yendo la mano?

MUÑOZ. -- Para nada. Mientras más rápido acepte las cosas tal y como sucedieron, más rápido descansaré en paz.

(*Vuelve a escucharse la misma música de arpas y violines que abrió el acto.*)

60

MUÑOZ. -- (*Escuchando la música.*) Ah, nos llaman a nuestros puestos. (*Intenta salir de escena.*)

LORCA. -- Tiene usted toda la razón y me retracto de todo eso del
PALÉS. -- Tocayo, ¿cuándo nos vemos?
(*Con gran dramatismo.*) ¡Qué labial! ¡Qué presencial! ¡Qué mental!

MUÑOZ. -- ¡Muchacho!, si estuvimos cuarenta años para encontrarnos, pues sabrá Dios... que se me va a enamorar de...

PALÉS. -- A lo mejor nos vuelven a invitar para el bicentenario del 98. Cambia, pero otras sí. Usted mismo sabe que acá Arriba to' es más puro. (*En tono de broma.*) per no deci puritano.

MUÑOZ. -- Si es que todavía al Organizador (*Señala hacia arriba.*) le interesa este tema. ¿Cómo le cayó Unamuno?

PALÉS. -- Cuidate mucho, Muñoz Marín.

LORCA. -- ¡Joder!, el tío es más pesado que los cimientos de la Alhambra. Y el Ramiro de Maetza, por el estilo, eh. (*Hace gesto de "más o menos"*)

MUÑOZ. -- (*Con tono lloroso.*) Ay, mijo.

(*Se abrazan fuertemente, mientras el volumen de la música llega a su clímax. Muñoz sale de escena lentamente, pero con la frente en alto. La música comienza a desvanecerse.*)

LORCA. -- ¡Pío, Pío? Otro relamido.

LORCA. -- (*Entrando a escena, ve a Muñoz alejándose.*) ¡San Toribio de los cuernos! No hago más que dejarlo solo unos minutillos, y ya se anda abrazando con otros...

LORCA. -- Pues, al principio, muy bien. Pero, cuando le dijeron

PALÉS. -- (*Aún emocionado.*) Era un viejo amigo.

LORCA. -- Yo, maestro, tú, aburrido" que por poco lo mando a casa con el diablo.

LORCA. -- Pues déjeme contarle cómo me ha ido con los del 98. Por cierto, ¿recuerda las bromas que le eché al Apóstol?

PALÉS. -- ¿Y qué hizo?

LORCA. -- Pues me puse a hablá con Martí.

PALÉS. -- ¡Qué envidia!

LORCA. -- Pues me envidia porque le da la gana, eh. ¿Cuántas veces le dije que me acompañara?

PALÉS. -- Es cierto. Pero, cuénteme, ¿de qué habló con el Apóstol?

LORCA. -- Pues hasta de la Última Cena, (*Ríe.*) pero sobre todo de literatura. Por cierto, usté y yo hemos hablao de muchas cosas, pero aún no hemos tocao ese tema.

PALÉS. -- Bueno, un poquito.

LORCA. -- Pero no lo suficiente. Venga, con toda honestidá, ¿qué le parece mi obra?

PALÉS. -- Déjeme decirle, ¿sabe cuál es la obra favorita del señor que estaba hablando conmigo durante el receso? (*Pausa.*) *Yerma*.

LORCA. -- Pero qué horror, ¿quién escogería ese llantén como su obra favorita?

PALÉS. -- (*Melancólico.*) Un hombre muy atribulado.

LORCA. -- Sí, pero pa' usté,... ¿Cuál es su favorita?

PALÉS. -- Yo diría que *La casa de...*

6

LORCA. -- (*Terminando la oración de Palés.*) ...**Bernarda Alba**.
¡Lo sabía! Y sabe por qué...porque también es mi favorita.

PALÉS. -- Bueno, con una obra tan buena, no es como para
asombrarse...

LORCA. -- No, no, es que aún no le digo por qué. Dígame, ¿alguna
vez la vio representada?

PALÉS. -- Más de una, y siempre fue una experiencia formidable.

LORCA. -- Pues yo nunca la vi. Ni la veré. Se imagina, poco antes
de su estreno...(*Hace gesto de disparo.*) ¡Pum! Me revocaron el derecho
de ver mi mejor trabajo.

PALÉS. -- Lo siento.

LORCA. -- También yo.

PALÉS. -- Dígame, si no es mucha indiscreción, ¿cómo fue ese
momento?

LORCA. -- Para mí, como para tantos otros, fue una acción
liberadora. Mis matadores, lejos de callarme, me abrieron las puertas a la
inmortalidad. ¿No le parece irónico?

PALÉS. -- Yo quisiera poder decir lo mismo, pero siento que dejé
demasiadas cosas sin terminar.

LORCA. -- Es que eso nos pasa a todos, don Luis. Y no hay
manera de evitarlo.

PALÉS. -- (*Reflexivo.*) Recuerda que hace un rato usted se refirió a la infinita capacidad para la perversión del humor divino. (*Lorca asiente.*) ¿Qué quiso decir?

LORCA. -- Hombre, ¿y no le parece evidente? Piénselo: ¿qué hacemos aquí usted, el gran verseador negrista, y yo, un poeta homosexual que murió demasiado joven, en esta mesa; invitados a una actividad de la cual no hemos presenciado nada, tan cerca de personajes estrechamente vinculados al año 1898?

PALÉS. -- (*Titubea un poco.*) Pues,... no sé.

LORCA. -- Ni yo, ni nadie. Ése es el extraño sentido del humor de... (*Señala hacia arriba.*); así va tejiendo sus tramas, aparentemente indescifrables, pero que siempre traen algún sentido,... si aprendiéramos a leerlas.

PALÉS. -- Federico, usted me maravilla; tan joven y tan bromista y, sin embargo, tiene una capacidad asombrosa para...

LORCA. -- (*Interrumpiendo.*) No, don Luis. Lo único que yo sé es que la España que me crió y que me mató fue, sin duda, consecuencia de esta algazara del 98. Lo del humor divino me lo contó un hombre mucho más entendido en estos asuntos...

PALÉS. (*Ansioso.*) -- Y ese hombre, ¿está aquí?

LORCA. -- No. Pero sé en dónde podemos conseguirlo.

PALÉS. -- ¿Dónde?

LORCA. -- En la Biblioteca Celestial.

PALÉS. -- ¿Usted no se referirá al bibliotecario?

LORCA. -- ¿Y cómo lo sabía?

PALÉS. -- Nada, una corazonada. ¿Cuándo podemos visitarlo?

LORCA. -- ¿Qué le parece ahora mismo?

PALÉS. -- ¿Y eso no le estará malo a...? (*Señala hacia arriba.*)

LORCA. -- No lo creo. Además, fijese (*Miran a su alrededor.*) que la sala ya está medio vacía.

PALÉS. -- Posiblemente gente que se ha ido a descifrar la broma que... (*Señala hacia arriba.*) les está jugando.

LORCA. (*Asiente con la cabeza y sonríe.*) -- Posiblemente. Bueno, ¿nos vamos?

PALÉS. -- Ahora mismo.

Mientras se ponen de pie, vuelve a sonar la alarma de la computadora.

LORCA. (*Apartándose aterrado de la mesa.*) -- ¡Jesú, María y José, esta mierda otra véh!

PALÉS. -- (*Tratando de descifrar la computadora.*) Cálmesese, Federico, todo es cuestión de... a ver, ¿cuál era el botón?

Palés oprime un botón equivocado y la computadora hace un ruido espantoso, como una alarma de incendios.

LORCA. *(Casi petrificado por el miedo.)* -- ¡Ahora sí que la ha hecho, don Luis! *(Se voltea hacia el público, se persigna y empieza a orar:)* Dios, te salve María; llena eres de gracia...

Entra a escena el técnico de computadoras, quien con sólo apretar un botón elimina el ruido.

TÉCNICO. *(A Lorca, quien continúa rezando su Avemaría.)*
-- Oiga, joven, ya puede dejar de rezar.

LORCA. *(Al técnico.)* -- Calle, hereje, que a Virgen no se le pue' dejá a la mitáh.

El técnico se encoge de hombros y mira a Palés, quien le devuelve el mismo gesto, como aceptando que tampoco entiende el comportamiento de Lorca. Acto seguido, el técnico vuelve a su trabajo en la computadora.

TÉCNICO. *(Lee algo en la pantalla del ordenador y comienza a reírse.)* ¡Ja! *(A Lorca, quien ya ha terminado de rezar.)* ¿Así que usted es devoto de la Virgen?

LORCA. -- ¡Hombre, como todo buen andalúh!

TÉCNICO. *(Aún leyendo de la pantalla.)* -- ¡Qué bien! Pues debe prestarle mucha atención al siguiente mensaje del Organizador. *(Señala hacia la ventana.)*

LORCA. -- ¡Ay, no! ¿Otra vez a la ventanilla? (*A Palés.*) Pero si es que ya nos íbamos.

TÉCNICO. -- No se preocupe por eso; usted sabe que acá Arriba tenemos tiempo de sobra para todo.

PALÉS. (*Al técnico.*) -- Bueno, eso es cierto, pero es que nosotros estamos tratando de desc...

TÉCNICO. (*Interrumpiéndolo.*) -- Lo sé, lo sé... Y por eso es que el Organizador les tiene este último mensaje. Qué lo disfruten y recuerden: ¡qué viva la relatividad! (*Sale de escena con riéndose con la lengua afuera y los ojos desorbitados.*)

LORCA. (*A Palés.*) -- Ese tío es una especie de geniecillo, ¿no?

PALÉS. -- Ay, Federico, usted lo dice y no lo sabe...

LORCA. -- Pues no hagamos esperar más a... (*Señala hacia arriba.*) bueno, ya usted sabe quién. (*Caminan hacia la ventana.*) Además, el despeinao ése ha lograo intrigarme con lo de mi devoción por la Santa Madre.

PALÉS. -- Le confieso que a mí también.

LORCA. -- Entonces, ni una palabra más. (*Abre la ventana.*) Ya tendremos tiempo todo lo demás.

Se repite el efecto de las luces intermitentes de transición hacia la siguiente escena.

DIOS TE SALVE, MARIBELEMBBA

Acto único

PERSONAJES

Maribelemba
Hombre-enigma
Voz de Marta, la secretaria
Voz del Doctor

Bañados por una luz blanco-ofinina, vemos un regio escritorio de madera. En su superficie, se encuentra un teléfono con intercom, un radio pequeño, el dorso de un marco para dos fotografías, papeles y folders ligeramente desordenados, y una plaquita con el nombre: Lcda. M. Rivera.

Se escucha el sonido de una puerta que se cierra abruptamente. Entra a escena una mujer guapa, treintona, vestida con un impecable traje sastre, blusa de anchas solapas, falda sobre las rodillas, cartera abultada y tacones medianos. Trae sus manos repletas de documentos.

Aún de pie, tira todos sus bultos sobre el escritorio y respira profundamente, como si intentara calmarse. Pasándose la mano por sus indomables rizos de mulata y mirando hacia un punto indefinido, dice:

MARIBELEMBBA. -- Dios mío, hoy es el día.

(Comienza a buscar algo entre el desorden del escritorio, pero está tan nerviosa que sólo consigue alborotar más el reguero. De pronto, se topa con el portarretrato y esto parece tranquilizarla. Lo recoge entre sus manos y lo observa con ternura. Súbitamente, lo vuelve a poner donde lo encontró y grita:)

MARIBELEMBA. -- ¡No, no puede ser!

(Reanuda su inútil búsqueda hasta que, con gesto de darse por vencida, se sienta en la silla ergonómica que está detrás del escritorio.)

-- Necesito calmarme. *(Prende el radio y comienza a buscar cambiar estaciones. Se detiene en el bolero Angélica, cantado por Ismael Rivera.)*

(Mientras tararea la melodía, continúa buscando entre el papeleo.)
-- Nada, sé que todo va a salir bien. *(Más decidida.)* Es que todo tiene que salir bien. *(De pronto.)* ¡Ay, con....tra! *(Agarra el teléfono y lo pone en intercom.)* Marta...

VOZ DE MARTA. *(Con nasalidad y pereza.)* -- Sííí, Licenciada...

MARIBELEMBA. -- ¿Me ha llamado alguien?

VOZ DE MARTA. *(Quejumbrosa.)* -- ¿Cómo dice? Es que no la oigo con ese revolú.

MARIBELEMBA. *(Apaga el radio.)* -- Disculpe... ¿que si no me ha llamado nadie?

VOZ DE MARTA. *(Lentamente.)* -- ¡Ahhhh, no! Nadie.

MARIBELEMBA. -- ¿Canceló todos mis compromisos para hoy?

VOZ DE MARTA. *(Como respondiéndole a una cantaleta.)* -- Sííí, Licenciada...

MARIBELEMBA. -- Recuerde que no estoy aquí para nadie, excepto para... ya usted sabe.

VOZ DE MARTA. (*Con el mismo tonito.*) -- Sííí, Licenciada...

MARIBELEMBA. -- Gracias, Marta.

VOZ DE MARTA. (*Repite el tono.*) -- De nada, Licenciada.

MARIBELEMBA. (*Mientras cuelga el teléfono.*) -- Ay, qué mujer. Si fuera más lenta, se convertía en estatua. (*Ríe para sí misma.*) Bueno, a ver, ¿dónde rayos lo puse?

(*Ya más tranquila, la mujer prosigue con su insistente búsqueda hasta que, con el traqueteo, tumba la plaquita con su nombre al piso. Sin prisa y tarareando la canción que había escuchado en la radio, se levanta de su silla, rodea el escritorio y se agacha a recogerla.*)

(*En ese momento, entra a escena un joven barbudo, vestido con un traje de tres piezas y corbata oscura. Es alto, elegante, su larga melena está recogida en una espesa cola de caballo. De sus ojos mana una paz casi sobrenatural.*)

HOMBRE-ENIGMA. -- ¿Es usted Maribelemba Rivera?

MARIBELEMBA. (*Todavía de espaldas al hombre y muy sorprendida.*) -- ¡Ay, Jesús! (*Se agarra del escritorio para no perder el equilibrio y se pone de pie.*)

HOMBRE-ENIGMA. (*Sin sobresalto alguno.*) -- Se equivoca, aunque es un gran amigo.

MARIBELEMBA. (*Recostada contra el escritorio y recuperándose del susto.*) -- Dios mío, casi me mata del susto. Es que no oí la puerta. (*Aún confundida.*) Además, ¿mi secretaria no le dijo?, eh..., disculpe un momento. (*Se dirige al teléfono y activa el intercom.*) ¡Marta!, no le acabo de decir que no... ¡Marta!, ¡Marta!, ¡Hello! (*Cuelga el teléfono enfurecida.*) ¡Qué barbaridad! ¡Esa mujer nunca está al frente! (*Al hombre.*) ¿Usted no la vio allá afuera?

HOMBRE-ENIGMA. (*Imperturbable.*) -- Pues la verdad es que yo no entré por... (*Señala hacia el lugar donde debe estar la puerta.*)

MARIBELEMBA. (*Interrumpiéndolo.*) -- No se preocupe, de todos modos, hoy no puedo atenderlo. Ahora le doy mi tarjeta para que saque una cita y con mucho gusto...

HOMBRE-ENIGMA. (*Interrumpiéndola.*) -- Me temo que eso no es posible. Necesito hablar con usted ahora mismo.

MARIBELEMBA. (*Sarcástica y molesta.*) -- Pues yo me lo temo doble y se lo repito: ¡hoy tengo un compromiso! Así que localice a mi secretaria, (*Irónica.*) ¡si la encuentra!, y haga una cita. (*Señala hacia la puerta.*)

HOMBRE-ENIGMA. -- Por favor, cálmese. No le tomaré mucho tiempo, así que, comencemos...

MARIBELEMBA. (*Furiosa, cruzando los brazos.*) -- Oiga, ¿pero quién se ha creído usted?

HOMBRE-ENIGMA. (*Siempre sereno.*) -- Me llamo Gabriel. Sabemos que conoce mi trabajo.

MARIBELEMBA. (*Aún enfadada, pero un poco curiosa.*) -- ¿Ah, sí? ¿Gabriel qué?

HOMBRE-ENIGMA. -- Pues Gabriel así,... a secas. (*En tono de explicación.*) Es que en mis tiempos no se habían inventado los apellidos.

MARIBELEMBA. (*Controlando su ira.*) -- Pero cómo que no se habían inventado los apellidos, si usted es más joven que yo.

HOMBRE-ENIGMA. -- Se equivoca.

MARIBELEMBA. -- Mire, no venga a halagarme con que me veo muy bien para mi edad, que no estoy para galanterías baratas.

HOMBRE-ENIGMA. (*Con inocencia.*) -- No se trata de eso, es que se equivoca por muchísimos años.

MARIBELEMBA. (*Incrédula, pero un poco divertida.*)
-- ¿Cuántos? ¿Diez? ¿Quince?

HOMBRE-ENIGMA. (*Siguiendo el discurso interrogativo de ella.*)
-- ¿Y si le dijera que desde el principio de los tiempos?

MARIBELEMBA. -- Le contestaría que no sólo me hace perder el tiempo, sino que también está loco.

HOMBRE-ENIGMA. -- ¿Y si le dijera que vengo a verla en nombre del Señor?

MARIBELEMBA. -- Pues le contestaría: ¿De qué señor?

HOMBRE-ENIGMA. -- ¿Y si le dijera que se trata del Señor de todos los hombres, animales y cosas que existieron, que existirán y que existen en el universo?

MARIBELEMBA. (*Pausa para controlarse.*) -- Ay, no, no, no, pero cómo va a ser. (*Caminando.*) Cómo es posible que una experimentada legista como yo, que a diario brega con tanto sinvergüenza que se hace pasar por loco, haya sido embaucada por nada menos que un fanático religioso. (*Furiosa.*) Hágame el favor de marcharse ahora mismo de mi oficina. Yo no tengo tiempo para...

HOMBRE-ENIGMA. (*Tratando de sosegarla.*) -- Licenciada Rivera, por favor, no se incomode. Sé que lo que digo es muy difícil de creer, pero es que tampoco he sido claro con usted. Lo que pasa es que aún me expreso como en el Antiguo Testamento. (*Ella lo mira azorada, pero él prosigue antes de ser interrumpido. Con gran carga dramática.*) Yo soy el Arcángel San Gabriel que he venido a anunciarle la Segunda Venida de Nuestro Señor Jesucristo. Nos interesa que usted lo engendre en esta ocasión.

MARIBELEMBA. -- Déjeme ver si lo entiendo bien. (*Pausa para digerir tanta blasfemia.*) Usted ha bajado del Cielo para informarme que Nuestro Señor Jesucristo está listo para su segunda visita a esta Tierra y que Él no va a bajar del Cielo, sino que va a volver a nacer y que se me ha escogido a mí, que no soy ni virgen, ni pura, ni judía para hacer el trabajo de la Santísima Madre de Dios. (*El hombre-enigma sólo asiente con una plácida sonrisa.*) ¡A mí (*Toma aliento para atropellar el resto del discurso.*) que soy divorciada, tengo dos hijos, un amante, casi no voy a la iglesia y, para colmo de males, ni siquiera soy católica! ¡¿Eso es lo que usted está tratando de decirme?!

HOMBRE-ENIGMA. (*Con actitud angelical.*) -- Así lo ha dispuesto el Padre.

(*La iracunda mujer agarró una pesada carpeta de su escritorio y al son de gritos, patadas y carpetazos sale de escena tras el extraño personaje.*)

MARIBELEMBA. (*Fuera de escena, se escucha la puerta abriéndose.*) -- Y no quiero verlo más por aquí, porque le llamo a la policía y luego lo demando por ser tan hereje y tan deslenguado. (*Pausa.*) ¡Coño!

(*Suena un terrible portazo. Retorna a escena hablando consigo misma.*) Pero qué se habrá creído el... demente ese. Mira y que burlarse de mí, y en un día como hoy. Ahora mismo llamo al guardia de seguridad para que lo echen de aquí. (*Toma el teléfono y marca tres dígitos.*) ¡Bendito sea Dios!, pero de qué valen estos guardias si el teléfono siempre está ocupado. (*Cuelga indignada y activa el intercom.*) Marta, ¿está ahí?

VOZ DE MARTA. (*Un poco molesta por la inquisición.*) -- Sííí, Licenciada.

MARIBELEMBA. (*Agitada.*) -- Escúcheme bien: si ese hombre vuelve a asomarse por aquí, llame inmediatamente a Seguridad, y si no los consigue, llame directamente a la policía. ¿Me entendió?

VOZ DE MARTA. (*Con su habitual nasalidad y lentitud.*) -- No del todo, Licenciada.

MARIBELEMBA. (*Llevándose una mano a la frente.*) -- ¿Y qué fue lo que no entendió?

VOZ DE MARTA. -- Pues lo del hombre, Licenciada. Es que por aquí no ha pasado nadie.

MARIBELEMBA. -- ¿¡Cómo va a ser!?

VOZ DE MARTA. -- Yo se lo juro,... bueno, por lo menos desde ayer por la tarde cuando usted me dijo que cancelara todas sus citas para hoy. ¿Se acuerda, Licenciada?

MARIBELEMBA. (*Obviando la pregunta.*) -- ¿No sería que estaba cogiéndose uno de sus interminables "breaks"?

VOZ DE MARTA. (*Con sinceridad.*) -- No, Licenciada, yo le juro que yo no me cojo ningún "break" desde aquel día en que el Señor Rodríguez se quedó "trancao" en el baño. ¿Se acuerda, Licenciada?

MARIBELEMBA. (*Vuelve a obviar la pregunta.*) -- O sea, que usted no vio entrar al hombre que acabo de botar de mi oficina.

VOZ DE MARTA. -- Ni salir tampoco.

MARIBELEMBA. -- ¿Y usted me asegura que no se ha movido de ahí en todo el día?

VOZ DE MARTA. -- Se lo juro, Licen...

MARIBELEMBA. (*Interrumpiéndola.*) -- Ya, mujer, no jure tanto.

VOZ DE MARTA. -- Disculpe, Licenciada.

MARIBELEMBA. (*Hablando consigo misma.*) -- Pero como es posible, si aquí sólo hay una entrada...

VOZ DE MARTA. (*Con un poco de malicia.*) -- Licenciada,... y ese hombre... ¿era guapo?

MARIBELEMBA. (*Subiendo la voz.*) -- Pero si estaba más loco que una cabra, fíjate que se creía el Arcángel San Gabriel.

VOZ DE MARTA. -- ¿El de la Biblia?

MARIBELEMBA. (*Asintiendo con la cabeza.*) -- ¡Ja!, si le cuento los disparates que me dijo. (*Pausa.*) Por cierto, sí...

VOZ DE MARTA. -- ¿Si qué?...

MARIBELEMBA. -- Que sí era guapo: alto, elegante, tenía el pelo en una cola de caballo...

(Mientras Maribelemba describe al hombre-enigma, éste aparece flotando a espaldas de ella. Está vestido igual que antes, pero trae el pelo suelto, está descalzo y luce un enorme par de alas totalmente desplegadas. Una luz dorada persigue su vuelo.)

HOMBRE-ENIGMA. *(Interrumpiendo a Maribelemba.)* – Gracias por el cumplido, pero usted no pretenderá que los santos emisarios del Señor sean criaturas repugnantes sin el menor sentido de la moda, ¿no es cierto?

MARIBELEMBBA. *(Lentamente, con los ojos desorbitados.)* – Ave María Purísima...

VOZ DE MARTA. *(Por primera vez, animada.)* – ¡Huy!, ¿tan guapo era? ¡Cuénteme más!...

(Maribelemba se queda absorta, incapaz de articular palabra.)

HOMBRE-ENIGMA. *(Sin rencor.)* – Creo que tenemos una conversación pendiente. *(Le hace señas a Maribelemba para que corte la comunicación con Marta.)*

VOZ DE MARTA. *(Insistente y curiosa.)* – Licenciada, cuénteme, no sea así, ¡bendito!, Licenciada, ¡Hellooo! *(Maribelemba desactiva el intercom, cortando secamente las ooo's del "¡Hello!".)*

HOMBRE-ENIGMA. – No te asustes, hermana. Sé que no estás acostumbrada a ver un ángel con sus alas, pero no me ibas a creer hasta que me las pusiera. *(Maribelemba asiente en silencio.)* Vamos, mujer, *(Tratando de sacarla de su asombro.)* di algo.

MARIBELEMBBA. *(Señalándole las alas.)* -- ¿De dónde las sacaste?

HOMBRE-ENIGMA. -- ¿Qué?,... ¿las alas? Ah, del baúl del carro.

MARIBELEMBA. -- ¿De qué carro?

HOMBRE-ENIGMA. -- Del que tengo parqueado allá afuera.

MARIBELEMBA. -- ¿Dónde?

HOMBRE-ENIGMA. -- Allí, justo afuera de tu ventana. Anda, ve a verlo.

(Maribelemba sale de escena en la dirección que le indicó su interlocutor. Se oye el sonido de unas persianas tipo "blinds" descorriéndose.)

MARIBELEMBA. -- ¡No puedo creerlo! *(Pausa.)* Mira, ¡y que un ángel guiando un Volvo!

HOMBRE-ENIGMA. -- Insisto, ¿tú no pretenderás que los santos emisarios del Señor conduzcan automóviles de menor calidad que los propagandistas médicos de las farmacéuticas norteamericanas?

MARIBELEMBA. *(Retornando a escena y obviando la pregunta.)*
-- Así que tú eres quien decías que eras.

HOMBRE-ENIGMA. -- El mismo que viste y calza. Bueno, al menos, el que viste y calzaba. *(Agarrándose un pie y dándose un sobito.)* Es que todavía no me acostumbro a usar zapatos, ¿sabes? Además, son un fastidio para volar. *(Continúa con su terapia.)* Yo no sé como ustedes las mujeres pueden andar todo el día trepadas en esos tacos, ¡las felicito!

MARIBELEMBA. (*Aún asombrada.*) -- Pues,... gracias.

HOMBRE-ENIGMA. -- ¿Te molesta si aterrizo?

MARIBELEMBA. (*Indicándole un lugar.*) -- No, no...

HOMBRE-ENIGMA. Gracias. (*Baja hasta el suelo.*) -- A mi edad, ya cuesta trabajo mantenerse flotando en un punto fijo. (*Señala hacia donde estaba flotando.*)

MARIBELEMBA. -- De nada.

HOMBRE-ENIGMA. (*Arreglándose la corbata y los puños de la camisa tras el aterrizaje.*) -- Bueno, basta de informalidades. Tengo un mensaje para ti.

MARIBELEMBA. (*Un poco más tranquila.*) -- Espera, creo que tengo que grabar esto. (*Saca del bolsillo de su traje sastre una grabadora portátil.*) Es que estoy tan nerviosa...

HOMBRE-ENIGMA. -- No te preocupes, hija, no lo necesitarás. (*Curioso.*) Oye, ¿para qué usas eso?

MARIBELEMBA. (*Un poco avergonzada.*) -- Nada, para nada,... este,... gajes del oficio. (*Suena el teléfono y lo contesta.*) Hola. Ah, Marta... sí, sí, todo está bien,... ¿que por qué le colgué ahorita?,... nada, es que... volvió el... ¡no, no!, es que se me cayó algo al piso y me asusté, sí. (*Silencio.*) Pues claro que estoy sola, quién podría estar aquí... No, no aquel hombre se fue y no volverá, no se preocupe. (*Silencio.*) Sí, mañana la llevo a almorzar y le cuento todo lo guapo que era, ¿okey?... Bueno, nos vemos. (*Cuelga con expresión de alivio.*)

HOMBRE-ENIGMA. -- Me agrada tu secretaria, se preocupa por ti.

MARIBELEMBA. -- Es un poco lenta y despistada, pero es un gran ser humano.

HOMBRE-ENIGMA. -- Y tú también. De hecho, creemos que eres tan especial que aquí va tu mensaje. (*Carraspea y asume actitud solemne.*) Salve, llena de gracia; el Señor es contigo. Has sido escogida entre todas las mujeres para engendrar nuevamente al Redentor.

MARIBELEMBA. (*Con timidez.*) -- ¿Pero eso no lo convertiría en un...?

HOMBRE-ENIGMA. -- No temas, puedes decirlo.

MARIBELEMBA. (*Casi inaudible.*) -- ¿Reencarnado?

HOMBRE-ENIGMA. -- En efecto, pero el concepto de la reencarnación no es nada nuevo ni para nosotros en el Alto Cielo ni para ustedes acá en la Tierra.

MARIBELEMBA. -- ¿Ah, no?...

HOMBRE-ENIGMA. -- De hecho, es bueno que sepas que el personaje que se atrevió a eliminar de las Escrituras todo pasaje que aludía a la reencarnación, lleva veraneando muchos siglos en Villa Belcebú.

MARIBELEMBA. (*Muy extrañada.*) -- ¿Villa qué?

HOMBRE-ENIGMA. (*Lentamente.*) -- Vi-lla-Bel-ce-bú. Allí labora como cocinero permanente del Fogón de Luci, el mejor restaurante del Noveno Círculo.

MARIBELEMBA. -- ¿Del noveno círculo del...?

HOMBRE-ENIGMA. -- Vamòs, dilo.

MARIBELEMBA. (*Con timidez.*) -- ¿Infierno?

HOMBRE-ENIGMA. (*Rápidamente hablado.*) -- ¡Infierno!, ¡averno!, ¡el mundo de las tinieblas! Allí mismo.

MARIBELEMBA. (*Curiosa.*) -- Yo no sabía que allá abajo tenían restaurantes.

HOMBRE-ENIGMA. -- Pues sí, lo que pasa es que son muy distintos a los de acá arriba.

MARIBELEMBA. -- ¿Y cómo?

HOMBRE-ENIGMA. (*Recordando.*) -- Veamos... quizá deba recitarte los platos más famosos del Fogón de Luci, servidos siglo tras siglo, según los pecados del comensal.

MARIBELEMBA. -- ¿Cómo es eso?

HOMBRE-ENIGMA. -- Pues, muy sencillo. Si el condenado era un ladrón, se le sirven sus manos; si fue un espía, deberá comerse sus propios ojos; si fue un traidor o un timador o un calumniador, entonces se hartará con sus propia lengua.

MARIBELEMBA. (*Con cara de asco.*) -- ¡Qué horror!

HOMBRE-ENIGMA. -- También son muy populares el hígado de usurero y los sesos de cuello blanco y ni quieras saber lo que les sirven a los violadores...

MARIBELEMBA. (*Subiendo la voz.*) -- No, está bien, no me interesa.

HOMBRE-ENIGMA. -- Entonces, volvamos a lo que nos ocupa.

MARIBELEMBA. -- Sí, por favor. De hecho, tengo una pregunta para ti, ¿cómo me escogieron?

HOMBRE-ENIGMA. -- Ah, me alegro que preguntes. A mí, particularmente, lo primero que me llamó la atención fue tu nombre.

MARIBELEMBA. (*Extrañada.*) -- ¿Maribelemba?

HOMBRE-ENIGMA. (*Gozando la musicalidad del apelativo.*)
-- Sí, Maribelemba. ¡Qué maravilla! Una combinación africanizada de dos de mis nombres favoritos: María y Belén.

MARIBELEMBA. -- ¡Con...tra! Nunca lo había pensado.

HOMBRE-ENIGMA. -- Es un nombre tan delicioso, tan musical.

MARIBELEMBA. -- ¿Sabes por qué me llamo así?

HOMBRE-ENIGMA. -- ¡Por supuesto! Sabemos que lo heredaste de aquel famoso pariente tuyo que regocijó a tanta gente con su música. *(Como si escuchara algo en el aire.)* ¡Lo oyes!

MARIBELEMBA. -- ¿Qué cosa?

HOMBRE-ENIGMA. -- Rápido, prende el radio. *(Ella obedece y se escucha el coro de la canción El Nazareno, cantada por Ismael Rivera.)* Ah, una de mis favoritas.

(Empieza a dar la clave con las manos y a bailar al ritmo de la música. Luego, se pone a cantar las inspiraciones de Maelo y el coro del tema:)

-- En la iglesia de San Felipe de Portobelo / está el negrito que cargamos con celos. El Nazareno me dijo / que cuidara a mis amigos.

MARIBELEMBA. *(Grita para sacar al hombre-enigma de su trance salsero.)* -- ¡Gabriel, por favor!

HOMBRE-ENIGMA. *(Un poco avergonzado.)* -- Perdona, es que no puedo evitarlo. Por eso me encanta que me asignen misiones en la cuenca del Mar Caribe.

MARIBELEMBA. *(Sorprendida.)* -- ¡Oye!..., ¿y cómo supiste lo que estaban poniendo en el radio?

HOMBRE-ENIGMA. *(Un poco burlón.)* -- Mi'ja, ¿qué tú te crees? *(Señalándose las alas.)* ¿Qué éstas se las regalan a cualquiera?

MARIBELEMBA. *(Con risa nerviosa.)* -- Je, je... perdona. *(Apaga el radio.)*

HOMBRE-ENIGMA. *(Arreglándose la corbata y los puños de la camisa después de su bailadita.)* -- ¿Sabes?, nos interesa mucho que tu hijo herede ese talento que ha desplazado a la oratoria de antaño.

MARIBELEMBA. -- ¿La música?

HOMBRE-ENIGMA. -- A-já.

MARIBELEMBA. -- ¿Y cómo podrían estar seguros de eso? ¿Y si el nene sale un completo inepto musical?

HOMBRE-ENIGMA. (*Un poco irónico.*) -- Pues encajaría perfectamente en la radio contemporánea. Además, no te preocupes por eso. Recuerda que el Señor que me envió hasta aquí tiene poderes ilimitados.

MARIBELEMBA. -- Verdad es.

HOMBRE-ENIGMA. -- Por cierto, debo aclararte que lo de tu nombre sólo fue el primer paso para que te escogiéramos, ¿sabes que fue lo que realmente nos convenció para otorgarte la misión más importante de los últimos tiempos de la humanidad?

MARIBELEMBA. -- No, pero me muero por saberlo.

HOMBRE-ENIGMA. -- Pues no te me mueras, porque todo se iría a juste. (*Se ríe de su propio chiste.*)

MARIBELEMBA. (*Regañona.*) -- Muy gracioso.

HOMBRE-ENIGMA. -- Disculpa, pero es que te veníamos observando desde hace tanto tiempo, que me he atrevido a embromarte. De todos modos, nos complace saber que ya tienes experiencia criando hijos, que eres jefa de familia y, sobre todo, la más inverosímil y milagrosa de todas tus cualidades, casi desconocida hasta en el Alto Cielo, que eres una abogada íntegra.

MARIBELEMBA. -- ¿De veras que mi carrera influyó tanto en su decisión? (*Se sienta en su silla, detrás del escritorio.*)

HOMBRE-ENIGMA. -- Sin lugar a dudas. Tu manera de practicarla, más bien. Para nosotros esto fue de gran importancia debido a las múltiples defensas jurídicas que necesitará tu Hijo en el transcurso de su vida.

MARIBELEMBA. -- ¿Algo más que necesite saber? (*Da muestras de un sueño súbito, bostezo.*)

HOMBRE-ENIGMA. -- Lo demás nos interesa muy poco. En el Alto Cielo evolucionamos más rápidamente que nuestras representaciones acá en la Tierra; por lo tanto, nada nos importa que no seas virgen, ni pura, ni judía, ni casada, ni católica. Nos basta con que seas quien eres.

MARIBELEMBA. (*Con una sonrisa tierna.*) -- Amén. (*Coloca sus brazos encima del escritorio.*)

HOMBRE-ENIGMA. (*Devolviéndole la sonrisa.*) -- Amén. (*Con gran ternura.*) Ahora, debes descansar. (*Con una señal de su mano, hace que ella recueste la cabeza sobre los brazos.*) Ambos sabemos que no dormiste anoche porque hoy esperas una llamada importante, un aviso que podría cambiar tu vida para siempre. Así que creerás que yo fui un sueño, un extraño sueño relacionado con la situación que estas viviendo y, por eso, no le darás importancia a este ángel que ahora debe marcharse. (*Empieza a flotar fuera de escena, perseguido por la luz dorada.*) Sólo sonreirás cuando recuerdes que el Arcángel San Gabriel as-cen-día... (*Sube un poco más.*) as-cen-día... (*Sube más.*) a-sun-ción. (*Desaparece.*)

(*El teléfono repica inmediatamente. Maribelemba interrumpe el segundo timbrazo.*)

MARIBELEMBA. (*Medio dormida.*) -- ¿Sí?... (*Se levanta de la silla como un resorte.*) ¡Doctor! ¡Doctor! ¿Cómo está? (*Pausa.*) Espere un momento, por favor. (*Lo pone en "hold" y se habla a sí misma.*) Maribelemba, ha llegado el momento, tienes que ser fuerte, todo va a salir bien. Todo tiene que salir bien. (*Activa el intercom para poder caminar alrededor del escritorio.*) Disculpe, ¿qué me estaba diciendo?

VOZ DEL DOCTOR. -- Ah, nada, le contaba que la semana pasada regresé de una convención de ginecología en Connecticut, y todo salió de lo más bien. Y usted, ¿cómo está?

MARIBELEMBA. (*Haciendo muecas y gestos para que avance la conversación.*) -- Pues imagínese, ¿cómo puede estar una mujer en mi situación?

VOZ DEL DOCTOR. -- Nerviosa, me imagino.

MARIBELEMBA. -- Definitivamente, doctor.

VOZ DEL DOCTOR. -- Bueno, Licenciada, ¿está lista para oír los resultados de su prueba?

MARIBELEMBA. (*Tragando en seco.*) -- Eso creo.

VOZ DEL DOCTOR. -- Okey. Aquí van: su prueba de embarazo dio...

MARIBELEMBA. (*Interrumpiendo.*) -- Espere un momento, Doctor. (*Lo vuelve a poner en "hold".*) Fuerza, Maribelemba, mucha fuerza. (*Monólogo nervioso alrededor del escritorio.*) Además, no puedo estar embarazada, porque me esterilicé después que nació mi hija menor y de eso hace como quince años. Por otra parte, llevo dos meses y medio de atraso; yo, que soy más puntual que un reloj. Claro, que eso puede deberse a otros traumas fisiológicos, pero aún así, una no deja de asustarse, porque si a estas alturas yo volviera a estar embarazada,... es que no quiero ni pensarlo... (*Suspira fuertemente y vuelve a activar el intercom.*) ¿Hello?

VOZ DEL DOCTOR. -- ¿Licenciada, está ahí?

MARIBELEMBA. -- Sí, sí. (*Miente.*) Es que me entró otra llamada.

VOZ DEL DOCTOR. -- La noto nerviosa, ¿prefiere venir al consultorio?

MARIBELEMBA. -- ¡No, no, no! Terminemos con esto. (*Desactiva el intercom y coge el teléfono.*) Dígame, Doctor, ¿estoy embarazada? ¡Sí o no! (*Pausa muy breve.*) ¿Está seguro? (*Otra pausa breve.*) ¿Completamente? (*Con una expresión absolutamente neutral.*) Muy bien, muchas gracias por haberme atendido con tanta prisa. (*Pausa.*) Nos vemos. (*Cuelga.*)

Con la misma expresión neutral, Maribelemba aspira profundamente, mirando hacia un punto indefinido. Sin percatarse, se pasa la mano por sus indomables rizos de mulata. Lentamente toma su cartera y algunos papeles del escritorio y se dirige hacia la puerta. Justo antes de salir de escena, se enjuga las lágrimas con las mangas de su impecable traje sastre.

Fuera de escena, oímos la puerta que se abre y que se cierra, y la tarima queda a oscuras.

FIN

Se repite el efecto de las luces intermitentes de transición para regresar a la escena de Lorca y Palés.

LA GRAN BROMA

Tercer cuadro (Epílogo)

Vemos a Lorca y a Palés terminando de ver el acto anterior por medio de la ventana. Cuando presumimos que Maribelemba ha salido de escena, Lorca comienza a gritar jubilosamente:

LORCA. *(Alejándose de la ventana con gritos y saltos de exaltación.)* -- ¡Alabadlo! ¡Alabadlo! Por fin nos redimirá a todos. ¡Amén! ¡Eureka! ¡Gloria a ... *(Señala hacia arriba.)*! ¡Por fin! ¡Aleluya!...

PALÉS. *(Contemplando a Lorca como si hubiera perdido la razón.)* -- Pero, Federico... *(Titubea entre cerrar la ventana o averiguar qué le pasa a Lorca, y opta por lo segundo. La ventana permanece abierta.)*

LORCA. *(Quien continúa con su arrebatado jubiloso, antes de detenerse frente a Palés:)* Con razón su amigo, el geniecillo de los pelos de punta, insistió en que viéramos este mensaje. *(Viendo la confusión en el rostro de Palés, dice:)* ¿Es que no lo ha entendió? ¿Acaso no es evidente?

PALÉS. *(Con expresión de total perplejidad.)* -- ¿Qué es tan evidente, Federico?

LORCA. *(Casi fuera de sus cabales.)* -- Pues que la Maribelemba ésa va a engendrar por segunda vez a nuestro Redentó. ¿Es que no se ha dao cuenta? ¿Acaso no vio cuando ella le preguntó al doctó si estaba completamente seguro?

PALÉS. (*Muy sereno.*) -- Sí lo vi, pero eso no prueba que ella estuviera encinta.

LORCA. (*Impacientado.*) -- Pero cómo que no, hombre, si cuando el médico le habló, la mulata quedó más blanca que un fantasma al mediodía...

PALÉS. (*Aún imperturbable.*) -- Es cierto, ¿pero no se ha puesto a pensar que su reacción pudo ser causada por una respuesta negativa del doctor?

LORCA. (*Estudiando los argumentos de Palés.*) -- En otras palabras, usted dice la mujer se quedó petrificada porque el doctor le dijo que no estaba encinta, ¿verdad?

PALÉS. -- No, yo sólo digo que ésa es una posibilidad tan posible como que el doctor le haya dicho que sí estaba en estado de gravidez. (*Pausa.*) Y perdone la redundancia...

LORCA. -- Pero es que mi explicación tendría más sentido; imagínese... ahora que allá Abajo van en rumbo a un nuevo milenio, ¿no sería maravilloso que el Redentó estuviera a punto de nacer, tal y como algunos esperan que suceda? (*Palés se limita a observarlo.*) No don Luis, lo siento mucho, pero yo tengo que averiguarlo... (*Sale corriendo hacia la ventana, que permanece abierta.*)

PALÉS. (*Lo persigue, tratando de consolarlo.*) -- Federico, escuche...

LORCA. (*Arrimándose, casi metiéndose dentro de la ventana.*) -- ¡Mariblemba!, ¿dónde estás? Por favor, contéstame... necesito saber qué te dijo el médico. Por favor, no me dejes con esta incertidumbre... Mariblemba, (*Pausa muy dramática.*) ¿sí o no?

PALÉS. -- (*Tocándole un hombro a Lorca.*) ¿Nos vamos, Federico? (*Mirando adentro de la ventana.*) Aquí ya no hay nada que ver.

LORCA. -- (*Aún mirando adentro de la ventana.*) Tiene razón, don Luis, aquí sólo hay... (*Hace un gesto de resignación.*) nubes. (*Comienza a cerrar la ventana.*) Además, nosotros ya tenemos bastante con nuestras propias incertidumbres para tener que cargar con las de otros, ¿no?

PALÉS. (*Dándole ánimos a Lorca.*) -- Así se habla, Federico. Y recuerde que nosotros nos íbamos a tratar de descifrar nuestra presencia aquí, en este inteligible enigma del 98.

LORCA. -- ¡Santo Antonio amarrao!, que casi lo he olvidao. (*Le hace un ademán para a Palés para que camine.*) Después de usted...

PALÉS. (*Mientras van caminando fuera de escena.*) Oiga, Federico, si no es un atrevimiento, ¿podría pedirle un favor?

LORCA. -- (*Dándose importancia, en tono de broma.*) Bueno, todo depende...

PALÉS. -- ¿Podría acompañarnos otra persona?

LORCA. (*Deteniendo su paso y haciendo un gesto de adivinación.*) -- ¡Déjeme adivinar! (*Pausa.*) ¿El señor del abrazo? (*En tono de recriminación.*) Que no se lo perdono, ¿eh?

PALÉS. (*Quien también se ha detenido.*) -- ¿Y cómo lo sabía?

LORCA. -- Nada, una corazonada. (*Palés sonríe.*) Bueno, cuénteme, ¿y qué tiene ese tío en común con nosotros?

PALÉS. -- Pues...(*Pensando.*) fue poeta. En la Isla le llamábamos el Vate.

LORCA. -- Qué bate ni qué pelotas, ¡coño! Recuerde que poetas hay de sobra. Yo me refiero a algo que tenga que ver con esta (*Señala a su alrededor.*) dichosa broma que nos disponemos a descifrar.

PALÉS. -- (*Pensando en voz alta.*) A ver,...esta invitación (*Se toca el bolsillo de la camisa.*), esta actividad... ¡Ya lo tengo! Muñoz y yo nacimos en el 98.

LORCA. -- ¡No pue' ser! Yo también he nació en esa fecha.

PALÉS. -- ¡Verdad que sí! Ahora recuerdo haberlo leído... Entonces, ¿no hay problema con que Muñoz nos acompañe?

LORCA. -- Nunca lo hubo, hombre, esto fue pa' fastidiarlo un poquillo.

PALÉS. -- (*Riéndose fuertemente.*) ¡Ay, Federico! (*Decidido.*) ¡Vámonos a descifrar la gran broma! O al menos, (*Con dramatismo e ironía.*) a morimos de risa en el intento.

LORCA. -- (*Riéndose.*) Vale, colega.

Lorca le indica a Palés que pase primero. A medida que los dos salen de escena, se escucha a alguien silbando la tonada de "From the halls of Moctezuma..."

Entra a escena (aún silbando el aludido himno militar) uno de los ujieres que vimos al principio del acto. Ahora trae su gorra doblada en el bolsillo posterior izquierdo de su pantalón. Su guerrera está desabotonada, con los faldones al descubierto.

Del bolsillo lateral derecho de su pantalón cuelga un frasco blanco de líquido limpiador. Trae, sobre su hombro izquierdo, un pañito blanco. Comienzan a oírse unos tambores.

*El ujier mira hacia la dirección en que salieron de escena los poetas, como para cerciorarse de que no regresarán. Ahora se escucha la voz de Palés declamando la primera estrofa de su poema **Tambores**.*

La noche es un criadero de tambores
Que croan en la selva,
Con sus roncas gargantas de pellejo
Cuando alguna fogata los despierta.

En el lodo compacto de la sombra
Parpadeando de ojillos de luciérnagas,
Esos ventrudos bichos musicales
Con sus patas de ritmo chapotean.

*El joven militar, que parece estar ajeno a los tambores y al poema, coloca una silla sobre la otra. (Las patas de la silla de arriba apuntan hacia el cielo.) Ahora escuchamos la voz de Lorca, acompañada de una guitarra flamenca, recitando varios versos de su **Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías**.*

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.

Los poetas continuarán recitando estrofas intercaladamente, mientras el ujier prosigue con su trabajo de limpieza. Primero, sacude y cierra la computadora. Le chifla a alguien que está fuera de escena y aparece el técnico de computación con un carrito de compras en donde está guardando todas las laptops del evento. Tras hacerle firmar un recibo al ujier, el técnico se despide de éste con una reverencia y sale de escena.

El orden de las recitaciones, que no se ha interrumpido desde la última estrofa de Lorca, es el siguiente:

- VOZ DE PALÉS. -- Con soñoliento gesto de batracios
Alzan pesadamente la cabeza,
Dando al cálido viento la pringosa
Gracia de su energía tuntuneca.
- Los oye el hombre blanco
Perdido allá en las selvas...
Es un tuntún asiduo que se vierte
Imponderable por la noche inmensa.
- VOZ DE LORCA. -- El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.
- VOZ DE PALÉS. -- A su conjuro hierven
Las oscuras potencias;
Fetiches de la danza,
Tótemes de la guerra,
Y los mil y un demonios que pululan
Por el cielo sensual del alma negra.
- VOZ DE LORCA. -- Comenzaron los sonos de bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.
¡Y el toro solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.

Mientras los poetas van recitando, el ujier dobla cuidadosamente el mantel y lo pone sobre la silla superior. Después, rocía la superficie de la mesa con el líquido y lo pule con su pañito blanco. El poema de Palés debe terminar primero.

VOZ DE PALÉS. -- ¡Ahí vienen los tambores!
 Ten cuidado, hombre blanco, que a ti llegan
 Para clavarte su aguijón de música.
 Tápate las orejas,
 Cierra toda abertura de tu alma
 Y el instinto dispón a la defensa;
 Que si en la torva noche de Nigricia
 Te picara un tambor de danza o guerra,
 Su terrible ponzoña
 Correrá para siempre por tus venas.

El ujier, que hasta ahora se ha mantenido al margen del contenido de los poemas, comienza a reaccionar inconscientemente a los versos. En otras palabras, brinca como si lo estuvieran picando cuando Palés dice: ten cuidado, hombre blanco; clavarte su aguijón; te picara un tambor, etc.

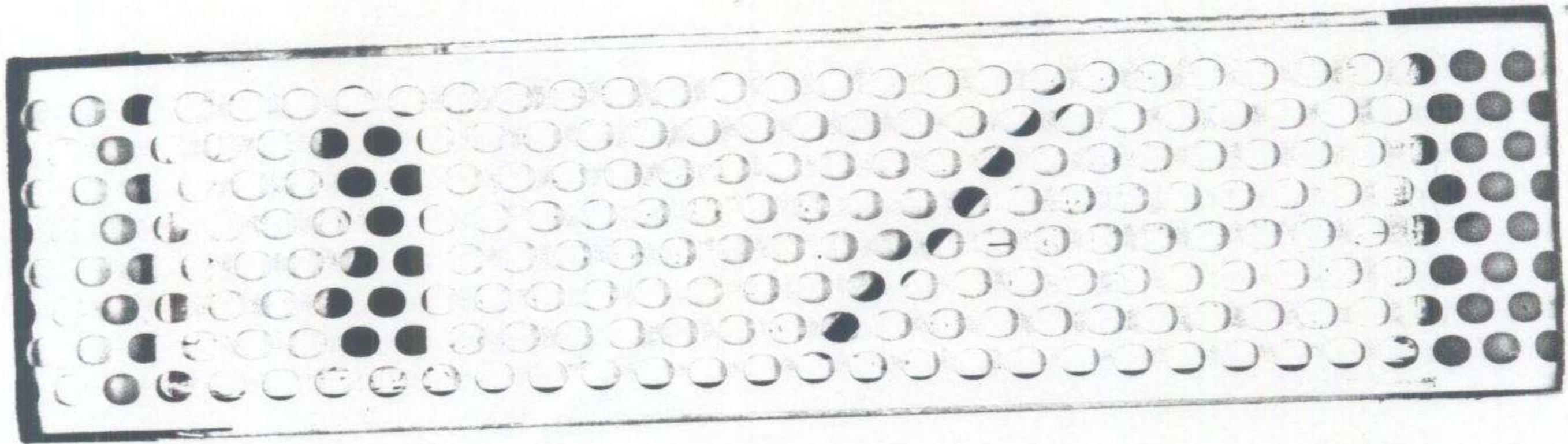
Un poco asombrado por las cosas que está sintiendo, el ujier trata de retomar sus labores colocando la mesita sobre las sillas, de modo que su superficie quede de lado, como para que escurra el líquido limpiador.

Entonces, se escucharán los últimos versos de la elegía lorquiana:

VOZ DE LORCA. -- Cuando el sudor de nieve fue llegando
 a las cinco de la tarde,
 Cuando la plaza se cubrió de yodo
 a las cinco de la tarde,
 la muerte puso huevos en la herida
 A las cinco de la tarde.
 A las cinco de la tarde.
 a las cinco en punto de la tarde.

Cuando Lorca dice el primer verso --Cuando el sudor de nieve fue llegando--, el ujier se seca la frente con la manga de su guerrera y comienza a recoger sus utensilios de limpieza. Cuando termina con esta tarea, se sonríe como si hubierrá experimentado una gran iluminación existencial y sale de escena. En ese preciso momento, el haz de luz se apaga y la tarima queda a oscuras.

TELÓN



Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

